

Camareta U863.3 P434I



0004021

LAURA Y CLOTILDE

LAURA Y CLOTILDE

POR

SETEMBRINO F. PEREDA



PAYSANDÚ

Establecimiento Tipográfico de EL PAYSANDÚ.

1891

DEDICATORIA

—A MI HIJA—

¿A quién sinó á tí, mi adorada hija, puedo dedicar esta historieta, si pobre en la forma, henchida en cambio de la más pura moral?

Tú te hallas aún en los dinteles de la infancia, pues apenas llevas cumplidos ventiseis meses de edad, y si hoy no comprendes lo que debe ser una niña para sus projenitores y la sociedad en que vive, quépame al ménos la satisfaccion de que cuando despierte tu inteligencia del inocente y venturoso sueño de la adolescencia puedan tus ojos recorrer estas pájinas con cariño y gratitud, recordando que han sido escritas para que en ellas te inspires

y nutras tu sér con la sávia de los sentimientos honestos y las ideas levantadas.

Laura y Clotilde, protagonistas que dán el nombre á estas pájinas, con su antítesis de caracteres, procederes y porvenir, son un elocuente ejemplo de cómo se concluye obrando bien ú obrando mal en el sendero de la vida que todos tenemos que recorrer obedeciendo á una ley natural inmutable.

Dice un sábio proverbio, que el que mal empieza, mal acaba, y si te detienes á examinar lo que fuè y habría sido la desdichada Clotilde si hubiese seguido las huellas de su amiga de la niñez, en lugar de entregarse en brazos de la vanidad y el abandono de sí misma, comprenderás cuánto valen la modestia y la virtud, cuán peligrosos son el fátuo orgullo y la idiosineracia de carácter, lo efímera que es la riqueza material equiparada con el tesoro del alma que constituye una existencia modelo, rodeada del aprecio público, y el mañana que aguarda al que guía sus actos por la senda de la rectitud en vez de empapar su corazón en una atmósfera deletérea y corrosiva.

Laura es el prototipo de la hidalguía, de la honradéz y la humildad. — Trata de imitarla, de ser su igual, y habrás colmado el justo anhelo de tus padres, para su venturanza y la tuya propia.

La moral sea tu relijion, el deber tu taber-

maculo, el bien tu bello ideal, y tu mision no será en el hogar y en la sociedad un problema sin solucion ni un libro en blanco.

En tanto, te bendice y desea vivir para verte crecer digna de él y de su buena esposa, tu amante padre—

S. E. PEREDA.

Paysandú, Enero de 1891.



PRIMERA PARTE



LAURA Y CLOTILDE

PRIMERA PARTE

Conocimos dos niñas en la villa de X... , hija una de ellas de un hombre humilde por su posición social, pero honrado y trabajador; y la otra, de un opulento capitalista, persona bastante estimada, y que no obstante su escasísima educación, ocupaba un puesto distinguido en lo que ha dado en llamarse alta sociedad, la *high life*, según la expresión inglesa en boga.

Tenía oro, y éste influye muchas veces en el mundo para discernir títulos y honores, máxime cuando la educación moral no ha echado hondas raíces en el seno de la sociedad.

Por esta causa suele mirarse a la pobreza como un defecto; pero estas distinciones injustas, son hijas de la contingencia humana, que los progresos de la instrucción difundidos

en las masas populares han de ir, como van, paulatinamente despejando del escenario de la humanidad.

La ignorancia, el error y las malas costumbres pierden terreno de día en día, pues el siglo XIX es el siglo de los grandes y portentosos inventos y adelantos, en que la ciencia, la virtud y la justicia tocan el corazón de los hombres con la vara mágica de la igualdad, acortando las distancias en que un mal entendido egoísmo mantiene á los seres racionales y libres, por motivo de genealogía ó prosapia mundanas.

La aristocracia vá siendo pues, una palabra vana, y el avar al becerro de oro una ambición propia de las almas adormecidas, al vaiven de las bajas pasiones.

Procurar estirparlas es obra no sólo civilizadora, sino también altamente humanitaria.

A ese fin responde esta historieta.

I

Laura y Clotilde, —tal es el nombre de los principales protagonistas de esta pincelada literaria, —eran vecinas, y desde los albores de la infancia se conocían y cultivaban relaciones, prodigándose ámbas el más entrañable cariño.

Sus familias, à pesar de su estado social, se trataban y hasta llegaron à ser íntimas amigas.

Sin embargo, cuando se daba algun recibo en el centro social A. ó B., nunca eran invitadas indistintamente, porque hasta allí no llegaban los lazos que les unía, ni la sociedad los tomaba en cuenta para nada.

Éste es uno de los males que merecen mayor censura y que raya en el colmo del ridículo.

En el hogar doméstico, en el seno de la familia no existen distinciones: el culto à la amistad no desdora, el roce es inocente é inofensivo; pero fuera de él, pasando los umbrales de un salon en que concurre más gente, ataviada, deslumbrante en lujo, vanidad y prosopopeya, todo cambia: allí sólo puede hacer acto de presencia la que gasta más boato, la que más aparenta, la favorecida de la fortuna ó de las odiosas clasificaciones!

En el salon social se tiene más dignidad, mayor reparo, se vale más que el resto de los seres, y no es posible, por lo tanto, codearse en su recinto las mismas personas que se besan y abrazan y tributan acendrado afecto en el lar paterno!

Risum, teneatis!

Así es el mundo, así es aún la sociedad

moderna, por más que haya adelantado en mucho à la antigua sociabilidad, en civilización y cultura.

Las doctrinas de Platon y de Proudhon, no son, pues, adaptables à nuestra época de mercantilismo y bambollas del mayor calibre.

Laura, que à pesar de sus pocos años, era perspicáz é inteligente, notando esta circunstancia, interpeló un día à su buena madre:

— ¿Por qué tú no vás al baile como la mamá de Clotilde?

— Porque estoy indispuesta, hija mía, repuso aquella.

— Siempre dices lo mismo cuando se dá alguna fiesta en que se pasa invitacion. Sin embargo, yo te veo con la misma salud de otras veces.

¿O no te invitan nunca?

— Qué ocurrencia la tuya, Laura! Y por qué no habían de invitarme?

— Como eres pobre, y dicen que sólo la gente rica asiste à esas diversiones...

— Hablemos de otra cosa, hija mía, que las niñas no deben hablar de eso.

— ¿Acaso es malo que lo haga? La curiosidad, cuando es inocente, no ofende y sirve siempre de estudio. Así se lo oí decir dias pasados à mi papá, y creo que lo que él dice no

debe ser mentira ni hay para qué ocultarlo. . .

—Ciertamente, pero á tu edad no se habla de eso, pues tú no puedes comprender como los mayores cuanto sale de sus labios.

Clotilde tambien sometió á un interrogatorio á la autora de sus dias, aperciéndose de lo mismo.

—Dime, querida mamá, ¿cuál es la causa de que Laura no asista con sus padres á los recibos que suelen darse en el club social?

—Que éstos son pobres y no alternan en nuestra sociedad, respondió indiscretamente la progenitora de la niña.

Los adolescentes tienen á veces preguntas que ponen en duros aprietos á los que han llegado á la pubertad y que admiran sean formuladas por la niñez.

La siguiente, hecha por Clotilde, es una de ellas:

—¿Cómo si no alternan en nuestra sociedad, vienen aquí á casa, con frecuencia, y ustedes se tratan con cariño, casi como si fueran de una misma familia?

—Eso es distinto, niña. A nuestro hogar pueden venir, pero á los recibos que se dan, nó.

Y por qué han de ser ménos allí que acá, siendo que tú tienes relacion con ellos?

Si se tratara contigo, tú eres su igual.

— De quién has aprendido la lección? repuso la madre de Clotilde.

— De nadie, madre mía, sinó de mi cabeza.

— Ah! tu cabeza no concibe estas cosas!

La niña decía la verdad. Nadie le había enseñado lo que expresaba, sinó su precóz talento.

Pero dejemos digresiones á un lado, y volvamos á reanudar nuestro interesante relato.

II

Laura y Clotilde compartían juntas sus juegos y las caricias de sus padres, y eran el ejemplo de sus contemporáneas.

Parecía que hubiesen nacido gemelas, la una para la otra. Tenían una misma edad, unos mismos sentimientos é iguales inclinaciones, y tal era el afecto que se profesaban, que no podían vivir un sólo instante separadas.

En sus inocentes juegos infantiles, llenas de risueños mirajes, forjábanse mil proyectos para el porvenir, á cual de ellos más impregnado de encantos.

Pronto las muñecas y los entretenimientos

ociosos tuvieron que ser abandonados y sustituidos por el libro y la aguja, más áridos pero de mayor provecho: ya habían llegado á la edad en que comúnmente se vá á la escuela, y era preciso darles educación, cultivando su corazón é inteligencia, para bien de sí mismas, de los autores de sus días y de la sociedad.

Sus padres determinaron, por lo tanto, ponerlas en un colegio.

— Es necesario no abandonarlas á la ignorancia, — se decían, y con sobrado fundamento, pues siempre se la ha considerado como la madre de todos los vicios.

Si todos los padres, ricos y pobres, de alta ó de baja categoría se preocupasen de la educación de sus hijos, como se debe, ménos lágrimas se derramarían, y la familia fuera, en general, el santuario de las grandes tendencias, la palanca más poderosa para guiar el derrotero de individuos y pueblos.

La virtud social y cívica se hallaría ménos descuidada, y ni la tiranía ni el error tendrían punto de apoyo.

No pensaban pues, mal los progenitores de Laura y Clotilde y consecuentes con tan sano y loable propósito, después de comunicarlo á ambas amiguitas y de pintarles lo agradable y útil que es el saber, se encaminaron á un establecimiento de enseñanza, el más cercano,

á causa de evitar una insolacion y las molestias de transporte, y arreglaron su envío.

Sin embargo, poca era la educacion que podían recibir en aquellos tiempos. Los maestros y los métodos y sistemas de enseñanza corrían parejas, no siendo, ciertamente, ni sombra de los actuales, en que la memoria no es el factor principal como entónces.

Empero, aunque fuera á conocer las letras y leer de *corrido*, como dicen algunos, era preciso enseñarles, sobre todo tratándose de niñas pequeñas, á quienes no era posible, por el momento, enseñarles gran cosa, ni exigir mucho más, so pena de hacerles fastidioso el aprendizaje y dimanarles alguna dolencia física.

En virtud de tal determinacion, los dos pergeños entraron á estudiar en un mismo establecimiento, con gran satisfaccion, pues los adelantos de sus demás amiguitas les había servido de emulacion y hecho despertar interés por el estudio.

Con la alegría retosando en el semblante se presentaron el siguiente dia por la mañana en la escuela.

La preceptora las recibió con cariño, y después de darles un ósculo en la frente les indicó un asiento en medio las otras colegialas.

El rostro simfónico de esas tiernas infantas, el dulce timbre de su voz y la gracia que les

caracterizaba, hicieron que desde un principio se las tratara con distinción y acendrado afecto.

A sus compañeras de estudio, —al verlas tan unidas, y sobre todo, tan aplicadas, pues desde un principio se hicieron notar por su dedicación y juicio, —les cayeron en gracia, y las más adelantadas se disputaban el placer de enseñarles el abecedario y el manejo de la aguja.

Los lectores que se hayan educado bajo el régimen escolar antiguo, recordarán que el maestro de entónces confiaba gran parte de la enseñanza á los alumnos más sobresalientes, y por lo tanto, no les sorprenderá que á Laura y Clotilde les dieran también lecciones algunas de sus condiscípulas que ya sabían leer y escribir, lo mismo que de labores.

Laura y Clotilde tomaron tanto amor á la escuela que todo su afán lo cifraban en concurrir á ella y ganarse la voluntad de la preceptora.

A medio día se desayunaba de prisa, á fin de estar siempre las primeras, sin faltar á la hora en que debían entrar á clase. — Por la noche se hacían enseñar la cartilla por sus padres, y todos sus juguetes y diversiones

quedaron arrinconados, pues sus libros eran para ellas el mejor entretenimiento.

—
Temiendo algun malestar á la cabeza, pues tan chicas, su demasiada contraccion podía hacerles daño, se les exhortaba á recrearse de otro modo: eran llevadas al teatro, á la plaza los días ó noches de música, á las pruebas, á los títeres, á las calesitas; en fin, do quiera se descubría un entretenimiento que pudiera divertir las.

Ellas obedecían, pero no por eso dejaban de pensar en sus queridos libros y en su buena maestra.

Sin embargo, sus padres estaban que no cabían de contento, pues a pesar de los escasos años que aquellas contaban, al poco tiempo ya habían aprendido á leer, siendo la admiracion de la misma maestra, porque á igual que en el hogar paterno, ó más, si cabe aún, se contraían allí con entera fé, no perdiendo lástimosamente el tiempo, como otras de su edad, pues aprovechaban cuántas explicaciones y consejos brotaban de los labios de su institutriz inculcándoles máximas de moral y conocimientos de primeras letras.

Más aumentó el regocijo de aquellos cuando terminó el segundo año escolar, pues rindieron exámenes sumamente satisfactorios, despertando la más viva atención de todos.

No era para ménos, desde que supieron responder á las preguntas que se les hizo con un despejo poco común y una naturalidad admirable.

No hubo que objetarseles ni una sóla vez para corregirlas. Tal era la exactitud y despejo con que satisfacían á las interpelaciones de sus examinadores.

Sus compañeras de colegio, oscurecidas ante el génio y el saber de Laura y Clotilde, cambiaron de actitud y empezaron á entrar en envidia. Ellas, que hacía tantos años estudiaban, no habían podido colocarse á su altura en adelantos, y por consiguiente, no les agradaba quedar á retaguardia.

La vergüenza coloreaba sus mejillas, y el arrepentimiento de su falta empezaba á remorderles la conciencia.

No les quedaba pues, otro remedio que contraerse en lo futuro para procurar alcanzarlas y si posible era obtener mayores clasificaciones.

El amor al estudio se avivó recién en su espíritu; pero esto no era suficiente para aventajarlas, pues por más esfuerzos que hicieran se hacía difícil igualarlas, y mucho ménos todavía, colocarse á un nivel intelectual superior, más si se tenía presente que la justa in-

fantil estaba encima y no quedaba otro camino que aguantar ó desertar de ella.

El triunfo no era, por ende, dudoso ni dejó se esperar, y obtuvieron las notas más lisonjeras.

III

Una vez que se hubo expedido el informe, la maestra quiso recompensar á sus alumnas, adjudicándoles algunos premios á las más sobresalientes y aplicadas.

Llegado el día de la distribución de éstos, el salón de la escuela era pequeño para contener en su interior al oleaje de concurrentes que se afanaba por presenciar aquella simpática fiesta.

Laura y Clotilde se hallaban presentes: vestían de blanco, símbolo de la pureza de sus almas, — y llevaban una banda color cielo.

Los espectadores estaban ávidos por saber quién obtendría el primer premio en aquel torneo de tiernas inteligencias, cuando de repente los nombres de Laura y de Clotilde se dejaron sentir.

Estas se acercaron á la mesa, y al presentarse, la concurrencia las recibe con frenéticos aplausos.

Luego, uno de los examinadores, dirigiéndose á ellas les dirige estas palabras:

— «Jóvenes educandas: Por vuestra contracción al estudio y ejemplar comportamiento, la Comisión que ha presidido los exámenes á que habéis sido sometidas, cumpliendo con un acto de justicia, os asigna estas medallas de oro, y os impulsa á que sigais estudiando con constante anhelo, y no os dejéis arrastrar por los falsos brillos de la vanidad.

Sed siempre buenas y estudiosas; recojed con cariño en vuestro corazón los consejos de vuestra preceptora, y esperad, —poniendo por escudo vuestra modestia y vuestra virtud, — en un mañana venturoso.»

Luego colocó en el pecho de ambas niñas aquella recompensa de su labor escolar.

Laura y Clotilde fueron ese día objeto de grandes demostraciones y colmadas de obsequios.

Durante una semana no se hablaba de otra cosa que del triunfo por ellas alcanzado.

Y con razón: no sólo por lo que reza el refrán y que por entonces era aplicable, de que *el que tiene un ojo es rey en la tierra de los ciegos*, sino porque en realidad lo merecían, por su lucido examen, no general en la villa de X...

Sin embargo, no siempre se tiene la virtud

de reconocer el mérito ajeno, por más que sea palpable é indiscutible.

La envidia, cual ponzoñoso aspid, empezó á clavarse en las virtuosas é inteligentes niñas, atribuyéndose lo que era un acto de estricta justicia á una preferencia censurable y desmoralizadora.

Los premios, en la forma en que se adjudican desde antaño, tienen un peligro, en nuestro modo de pensar.

No creemos que una medalla, sea de lo que fuere, un libro ó un diploma, tengan la facultad de emular á la niñez educanda. — Por el contrario, tales recompensas al estudio no se interpretan siempre como una palma discernida al merecimiento.

Los alumnos y padres de aquellos educandos no premiados, en su inmensa mayoría, ensoberbecidos, y en el concepto erróneo de que las influencias, la adulacion y el compadrazgo andan por medio, vierten juicios aventurados y extravian los sentimientos del niño, haciendo nacer en su corazon el odio, la envidia y la fatuidad.

¿Por qué, pues, no se prescinde de tales medios de estímulo, que además de importar un verdadero sacrificio pecuniario para lo que ejercen la árdua y delicada carrera del magisterio, no llenan propiamente su objeto,

siendo contraproducentes en resultados, —salvo rarísimas excepciones?

¿No hallan más económico y eficaz los apóstoles de la educación de la infancia colocar en un cuadro en el local de la escuela la nómina y clasificación de sus educandos, ya hayan obtenido dictámen de sobresalientes, muy bien, regular ó negativo?

Así el que haya sido mal clasificado se apresurará á adelantar, tomeroso de que llegue un nuevo exámen y se le encuentre en un estado deplorable de atraso, pues muchas veces, por más que el maestro se devane los sesos, nada consigue, porque la desidia del niño y falta de aplicación influyen en grado superlativo, y los progenitores de unos y otros no tendrán qué decir, ni injusticias reales ó supuestas que lamentar.

Un cultor de las letras, queriendo estimular á Clotilde le dedicó las estrofas siguientes:

A CLOTILDE

Cada vez que dirijo el pensamiento
Hacia la historia de mi edad pasada,
Se levanta una sombra en mi conciencia,
Que acusa la indolencia de mi infancia.

Y es, Clotilde, que entónces el estudio
No irradiaba en el cielo de mi alma,
Que en lugar de ilustrar mi inteligencia

Sólo en el juego mi delicia hallaba.

Mas hoy que la experiencia me ilumina,
Comprendo lo que vale la enseñanza,
Y me afano con íntima alegría
Por descorrer el velo á mi ignorancia.

Y tú que en los dinteles del estudio
Aun estás, en la aurora de la infancia,
No debes desdeñar de tu maestra
Las lecciones benéficas y sábias.

Sigue siempre adelante, por la senda
Que te marca el destino en lontananza;
Prefiere á una muñeca y á un Astete,
Una buena moral y una Gramática.

Que fugaces los años se suceden
En pos del porvenir que siempre avanza,
Y si el alma se entrega á la indolencia
Ha de llorar su dejadez mañana.

Sigue siempre adelante sin zozobra,
Y entrégate al estudio con constancia:
Que talvez en un dia no lejano
Has de ver tu labor recompensada.

Haz que el triunfo obtenido sea completo,
Persevera sin miedo en la borrasca,
Que querer es poder, y si prosigues

Réalizadas verás tus nobles ánsias.

A Laura también le dedicó los cuartetos siguientes, si bien en un estilo distinto que los anteriores, no ménos impregnados de sentimiento y de justicia:

A LAURA

Tus ojos rasgados, tu bello semblante,
Tus lábios de rosa, tu dulce reír,
Revelan, oh Laura, que tú eres constante,
Que tu alma inocente no sabe mentir;

Revelan que un mundo de dicha te aguarda,
Porque eres un ángel de célica faz;
Un ángel divino, — el ángel de guarda
Que vela el santuario de un bello ideal.

Que Dios te conserve por siempre hichicera,
Que encienda en tu pecho raudales de amor,
Y puedas mañana gozar placentera,
Mecida en la cuna de eterno arrebol.

Prosigue adelante, con fé en el estudio,
Aparta la vista del mundo falaz,
Mira la discordia con tédio y repudio
Y anhela que reine doquiera la paz.

Que así disiparse verás la ignorancia,
La envidia, el orgullo, el vicio y el mal:
Pues si hoy no comprendes, viendo en la infancia,

Mañana matrona sabráslo apreciar.

Que séres henchidos cual tú de inocencia,
 Que tienen un alma que infunde placer,
 Son dignos, muy dignos de eterna existencia:
 Por eso yo anhelo dilates tu sér.

Levalta del polvo tu hermosa cabeza,
 Empapa el espíritu de luz inmortal,
 Y habrás alcanzado más noble grandeza,
 Más dichas y glorias que puedas soñar.

Esto contribuyó á sembrar el estímulo en el corazón de Laura y Clotilde.

Aprendieron de memoria los versos transcritos y sus padres se los hacían recitar cada vez que iba alguna persona conocida á visitarles.

Está pues, de más decir que desde entónces redoblaron sus esfuerzos.

IV

Todo esto marchaba á las mil maravillas, cuando una nube vino de súbito á empañar aquel cielo de felicidad, tan diáfano y tan puro, entre las dos novelas é inseparables amigas del hogar y de colegio.

Laura y Clotilde, que eran las reinas de aquella villa, debido á la maldita envidia de los espíritus pequeños á que hemos hecho referencia, y que las veían subir á la cumbre con

disgusto de su vanidad,—poco á poco fueron perdiéndose el cariño de hermanas que se profesaban.

Las madres de las niñas no premiadas, hijas de familias ricas, queriendo vengarse de algun modo de una ofensa que no se les habia hecho, al ménos por parte de Laura y de sus padres, aconsejaron á los de Clotilde que no dejaran juntar á ésta con aquella.

Al principio opusieron resistencia, pero despues de una larga lucha cayeron vencidos por la malediscencia, el sofisma y la intriga.

Eran ignorantes, y como poseían grandes caudales, se les hizo persuadir que con el oro eran más que todos, y que por tanto, no debían tolerar que su hija cultivara relacion por más tiempo con Laura, descendiente de una familia pobre, aunque honrada y querida.

Para separar á aquellas amigas tan íntimas, fué menester pues, entrarlas en mil y mil chismografías y mútuas recriminaciones.

A los padres de Clotilde no se les podia convencer de la necesidad imperiosa y de decoro que pudiera existir para evitar tan insólita y bruscamente toda relacion con los de Laura.

No daban fé á aquellas palabras impregnadas de ponzoña. El sentimiento del honor dañado y el de la amistad, sostenían una terri-

ble lucha. El corazón era un campo de batalla.

Fueron, empero, impotentes y cedieron al fin, saliendo victoriosas la intriga y la columna.

Desde entónces no mantuvieron comunicacion de ninguna especie.

En el colegio se sentaban en bancos distantes y ya no iban por la misma senda.

La preceptora y las buenas amigas de los padres de Clotilde hicieronles observaciones muy sensatas, con el propósito de ver si desistían de su mala idea; pero todo fué inútil, pues la obcecacion más ruda habia embotado su entendimiento y ya no escuchaban la voz de la razon.

En la villa de X... ,—como poblacion pequeña,—se habia trascendido esta rencilla de familia, y siendo los progenitores de Laura bastante conocidos y estimados por su conducta intachable, aumentaron los comentarios desfavorables al proceder de sus antagonistas de última hora.

El espíritu del mal ejerce una influencia poderosa en los ánimos apocados y faltos de luz, y por lo tanto, se hizo carne en el corazón de esa pobregente descarriada de la senda del bien, no oyendo otros consejos que aquellos inspirados por la perfidia y la animadversión.



No era posible, sin embargo, que en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, de la noche á la mañana, se rompieran tan de pronto los profundos vínculos de cariño que unian esos dos corazones infantiles, tan nobles y generosos, y por más vigilancia que observaban los progenitores de Clotilde, para que ésta no mantuviese con Laura relacion alguna, ni de palabra ni por escrito, los eslabones férreos de la amistad no pudieron romperse fácilmente.

En la escuela aun, y despues de sin fin de cavilaciones y sufrimientos, se decide Clotilde á comunicar á su amiga sus penas y palpitante cariño.— Laura lo habia pensado más de una vez, sin atreverse nunca á hacerlo, ya por no enturbiar el lago trasparente de la dicha de aquella, ora por que no se la juzgara mal, creyendo que buscaba mantener aquel afecto por interés material ó social.

Una mañana recibe una carta concebida en estos términos:

Mi querida Laura:

Con el corazon traspasado por el dardo del dolor y mis mejillas bañadas en llanto, me aventuro á escribirte estas líneas.

Vá mas de un año que no cambiamos una sola palabra, y que solo hemos tenido la felicidad de cruzar furtivamente nuestras miradas en las bancas escolares.

Pero cuán fugaz ha sido esta ventura, ami-

ga inia! Mis padres, malencaminados, me acababan de arrebatarme por completo ésa ráfaga de bienandanza mezclada con negros tintes de amargura!

¿Por qué nos privan ya de que frecuentemos un mismo colegio, siendo que nos hemos comportado bien, ahogando en el fondo del alma la melancolía y el cariño, como unas hipócritas ó como seres que no se conocen ni estiman en lo más mínimo?

¿Talvez alguna nueva intriga ha venido á hondar tanta desgracia?

Quién sabe, Laura, quién sabe; pero sea lo que fuere, no quiero que me tildes de ingrata y mala amiga, y cueste lo que costare, ahí vá mi corazón en estas líneas, y con él toda mi felicidad y quizás mi porvenir!

Sí, todo;—porque si se me intercepta, apostrofa y prohíbe con mayor severidad que te transmita mis ideas y sentimientos y que tú hagas otro tanto, correspondiendo á mi íntimo anhelo, estoy dispuesta á quitarme de encima ésta carga pesada llamada vida!

Perdona que así te hable, pues sin tener aun los cabellos canos, niña como tú, me he vuelto filósofa, á fuerza de tanto sufrir, bebiendo gota á gota, en el cáliz de la contrariedad, la hiel de mi desventura y de la tuya, que son gemelas.

Esperando sabrás corresponder á este sacrificio inmolado en holocausto á la imborrable

amistad que nos profesamos, te saluda y abraza con efusion tu amiga del alma —

Clotilde.

Laura se sintió profundamente sobrecojida al recibir la carta de su amiga, y un mar de lágrimas inundó su rostro al terminar su lectura, teniendo que hacerlo por intervalos, pues la emocion la embargaba.

Sus padres, enterados de ella, lloraron á la par suya, lamentando una vez más que una intriga infame hubiera sembrado la cizaña y la amargura entre dos familias, ayer no más íntimas y expansivas.

Laura no se hizo esperar y ántes que Clotilde pudiera tacharla de indiferente á su solicitud se dispuso á contestarle.

Tomó la pluma, y entre sollozo y sollozo, respondió así:

Mi idolatrada Clotilde:

Cuán buena eres! Tu carta ha ahondado más y más el afecto purísimo é inextinguible que siempre he sentido y siento por tí.

Veo que no ha penetrado aun en tu corazon el torpe orgullo, impropio de las almas grandes como la tuya, y confío en que saldrás victoriosa, mañana como hoy, del huracan de pasiones bastardas que sin piedad azota las paredes de tú hogar.

No culpo á tus padres de nuestro alejamiento y desdicha: ellos son víctimas, — como tú no

lo ignoras, —de su falta de luces y de los consejos oficiosos, malignos y despiadados que les marean sin cesar, —y aunque tienen un corazón de paloma, según el dicho de nuestros abuelos, —de nada les sirve en este caso. — El vértigo de la vanidad les fascina y ciega. ¡Qué fatalidad!

La lengua es la perdición del género humano cuando se hace mal uso de ella, y es lo que nos condena á padecer sin que esté en nuestras manos evitarlo. — Sigue siendo buena, continúa sintiendo y pensando como hasta aquí, que cierta estoy que lejos de arrepentirte, tendrás sobrados motivos de congratularte de ello, tal vez en un futuro no muy lejano. — Tienes talento y corazón, y ambos son prendas de gran valía, que no se compran ni con todo el oro del mundo.

Yo te guardo el mismo afecto que ántes, siempre he rendido ferviente culto al amor de hermana que con tu carácter afable, buenas acciones y esquisito trato hiciste nacer en el fondo de mi espíritu, y no desespero de poder cultivarlo algún día con la felicidad que al presente nos está vedada.

Reiterándote mis votos de venturanza, recibe el acendrado cariño y un fuerte abrazo de tú invariable amiga —

Laura.

Estas fueron la primera y última cartas que

cambiaron, pues quiso su mala estrella que los padres de Clotilde descubriesen la misiva de Laura.—Siempre la llevaba dentro el seno, guardada sobre su corazón, como un tesoro de valor inestimable, y un día se le cayó al mudarse de ropas interiores, sin que se apercibiera de ello. Fué así que llegó á poder de sus progenitores.

La escena que se desarrolló al leerla, ya puede imaginarla el lector: fué borrascosa, de apóstrofes, reconvenciones y amenazas,—un *pot pourri* de escándalo.

Se la dijo á Clotilde que Laura no podía ser su amiga, desde que trataba tan malamente á los autores de sus días, calificándoles implícitamente de pobres diablos, de instrumentos inconcientes de pasiones bastardas y que su decoro exigía rompiese de una vez por todas con una amistad para ella nada honrosa.

—Dime con quién andas, te diré quién eres, reza el refran, y tu compañía y relacion con la hija de esos pelagatos, que no tienen mas capital que el que adquieren con su trabajo diario, nada te favorecen, porque la gente ha de decir á voz en cuello que eres su igual y que nosotros somos otro tanto,—observóle con enojo su padre.

Por única respuesta, Clotilde se echó á llorar.

—Mi infortunio será eterno,—se dijo,—pues

una amiga es un tesoro, y al perder la única que tengo de corazón, se me arrebató con ella toda esperanza de felicidad futura.

VI

Desde entonces Clotilde cambió de carácter y de sentimientos. — Educada en una escuela de odios y de orgullo, tenía que transformarse por completo, no siendo ni sombra de lo que había sido en sus primeros años, y su fin tenía que ser, ciertamente, muy triste, la antítesis del de Laura.

En efecto: ya crecida, el coquetismo se apoderó de su espíritu, y sabido es que la mujer coqueta no acaba bien comunmente. — Se alimenta de miradas y de sonrisas, de fugaces halagos, que al disiparse se convierten en roedor aspid, y su mas ardiente afán se cifra en dejarse hacer el oso con los dandys, convirtiendo poco á poco su corazón en un álbum de hojas infinitas, y al postre cae en brazos de la concupiscencia, pues vacío de amor todo su sér y de inspiraciones hidalgas, se abandona al acaso, haciéndose dueña del más audaz aventurero.

Con el transcurso del tiempo lo olvidó pues, todo, y para ella la amistad era una palabra sin sentido, la modestia una hipocresía, la honestedad un lujo que ostenta la vanidad sin per-

gaminos, y la gratitud sinónimo de torpeza.

Por consiguiente, habíase transfigurado por completo. Ya no era aquella niña afable y desinteresada: un cortejo de desmedidas y bastardas ambiciones la dominaba. En el lujo y la vanidad cifraba toda su dicha. Como era rica, tenía adoradores por docenas. Hoy se entregaba á los halagos de uno, mañana á los de otro, y así iba pasando su vida entre el coquetismo y la fatuidad.

El aprecio que antes había inspirado, ya estaba pues, muy léjos de merecerlo.

Entre sus adoradores sobresalía un jóven de unos 25 años de edad.

No se imagine el lector ó lectora que el personaje aludido sea uno de esos tipos de Byron ni de Walter Scott, que reúnen el bello ideal con que tanto sueñan las románticas damas; no, nuestro héroe, aunque de aspecto simpático, era de humilde cuna, de inteligencia no muy desarrollada y de fortuna nada halagüeña, empero su plausible dedicacion al trabajo y al estudio.

Su físico, si bien no se asimilaba al de Picio, tampoco se parecía al autor de *Child Harold* y de *Don Juan*, el célebre poeta inglés muerto en Grecia en 824, y que gozaba fama de ser el galán más hermoso de su tiempo; pues á nuestro jóven no le había favorecido la Natu-

raleza con los encantos prodigados á manos llenas á otros de su edad y de su época.

Era de regular estatura, sumamente delgado, barbilampiño, de cabeza más grande que pequeña, dotada de un ángulo facial prominente, nariz aguileña, como la del vencedor de las Gálias, lábios sensuales, ostentando una rizada melena rubiounda, que caía sobre sus hombros, dándole el aspecto de una de esas antiguas estampas que los pintores nos presentan del vizconde de Mirabeau.

Vestía siempre un yaquet á lo andaluz, pantalón ajustado, de aquellos llamados de bombilla, que dejaba entrever una canilla inferior petrificada; cubria su sobresaliente cabeza un descomunal cilindro, con cuyo traje se hizo retratar para favorecer á Clotilde con un fac símil de su singular efigie.

A la jóven no le disgustaban sus galanteos y le hizo consentir que sentía por él un profundo afecto, una pasión más ardiente que las arenas del desierto de Sahára.--Aun más: prometió hacer vida comun con él, rompiendo de ese modo los vínculos morales que le unían á la sociedad y á la familia.

En efecto: cuando ménos se creía cometió el desliz y la flaqueza de fugarse del lar paterno, sin comprender que tal conducta le llevaba al abismo sin fondo de la deshonra.

Sus progenitores no hicieron caso de ella, y

la abandonaron por completo.

—Sin honor,—decían,—fuera una ignominia que permaneciese nuevamente á nuestro lado.

Sin embargo, ellos, en medio su obcecada ignorancia, la habian puesto en la resbaladiza pendiente, estraviando su corazon y mareando sus sentidos con el incienso de la vanidad y el orgullo.

Sola en el mundo, sujeta á su propia voluntad, sin mas control que sus desordenadas pasiones, en union de Jorge pasó entregada muchas de sus mañanas de la vida, empapando su corazon en una atmósfera viciada, que paulatinamente corroía su hermosa juventud, agotando la savia de su existencia.

El porvenir que la esperaba no podia ser pues, nada lisonjero.

La estimacion pública la habia abandonado, y divorciada de las buenas costumbres nadie podia mirarla al rostro sin conmiseracion y repugnancia.

La lascivia que brotaba de sus chispeantes ojos y de sus volcánicos y húmedos labios, solo podia atraer á sí la concupiscencia y las pasiones desbordadas.

VII

Despues de algun tiempo de locuras, en que habia convertido en un mosaico sus pasiones,

Clotilde, cansada de llevar aquella existencia tan suelta, que hora por hora, y dia por dia debilitaba sus fuerzas, y que más de un galán digno habia desdeñado en su necia vanidad, rehusando enlazar su porvenir al suyo, se entregó por completo en brazos de otro amante, con el propósito de dedicarle à él toda su vida y lúbrico cariño.

Ya no era Jorge el que la estréchaba con delirio embriagador contra su seno. — Otro era el doncel à quien favorecia con sus halagos: — un jóven de rostro bien parecido, perteneciente à una familia acomodada, que figuraba en la primera sociedad, y que le cautivó, mas que por sus méritos personales, por la cuantiosa fortuna que poseía.

Isaac, — que así se llamaba el aludido, — sin esperiencia, ya por los pocos años que contaba, ora por no haber cruzado mundo, se dejó deslumbrar con la belleza de Clotilde, y en su honor sacrificó su bienestar, porvenir y riquezas, teniendo que cruzar sus armas con más de un pretendiente de su amada.

Jorge fué el primero que se creyó con el derecho de pedirle esplicaciones, pues cuando más seguro se creía del corazón de su doncella, le fué bruscamente arrebatada.

Llamó à dos de sus mejores amigos y les dijo:

— Mi honor mancillado, mis fueros desco-

nocidos y mi entereza personal exigen de vds. un señalado servicio.—Isaac, mi fementido amigo, acaba de cometer conmigo una acción infame.—Después de mil maniobras de que se valió, ha concluido por seducirme á Clotilde, y este hecho no puedo mirarlo sin indignación y en silencio, pues con ello me presenta ante la sociedad cual un zote que no sabe hacer valer sus derechos.

Quiero pues, que vds. me representen en el duelo á que pienso provocarle.

¿Verdad que no despreciarán mi solicitud?

—Ciertamente, repuso uno de sus interpelados.

—Pues bien: tomen esta carta de autorización, apersónense á ese duelo y espónganle mis intenciones.

—¿Cuáles son ellas?

—Retarle á duelo!

—A muerte?

—Eso veremos — Vds, como mis padrinos, harán lo que puedan para evitarlo, pues no soy ducho en el manejo de las armas y aunque me sobra valor, podría talvez aprovecharme ese pillastre, que si le falta coraje, no sucede lo mismo en destreza.

—¿Y qué arma prefiere vd., en caso de no poder llegar á una conciliación decorosa?

—Eso ya lo pensaremos.—Vayas vds. á verle, dénte cuenta de la misión que les he confia-

do, y hay tiempo de sobra para pensar en lo demás.

Los amigos de Jorge se apersonaron á su rival, y le espusieron el objeto que les llevaba á su presencia.

Dejando dibujar una irónica sonrisa en sus labios, despues de leer la carta referida y oírles, prorumpió:

—¿Con que Jorge, el celebérrimo Jorge me reta á duelo? Está bien.—Por más que no merezca la pena, le haré el gusto.—Así no le quedará el derecho de decir que soy un cobarde,—y si le he quitado la dama, le quitaré también la vida.

—Pero, señor D. Isaac,—se apresuró á decir uno de los padrinos de Jorge,—nuestro ahijado, si esto puede arreglarse de una manera satisfactoria, no persistirá en su idea de batirse.—Se cree ofendido, y desea desagraviarse.

—Pues á eso voy.—El desagravio lo tendrá en la boca de una pistola ó en la punta de un florete.

—No hay por qué exaperarse, D. Isaac. Todo puede conciliarse sin necesidad de derramamiento de sangre.

—Y de qué manera, señor mio? ¿Acaso devolviéndole á Clotilde? Eso jamás! Ni es ella una mercanca, ni yo lo consentiré.

—Nó; eso no es preciso. — Basta que vd. declare en una acta, que podríamos labrar al efecto, que su intencion no ha sido ofender á nuestro patrocinado. — Con eso quedaria ileso su honor

—Pero vds. me piden una tonteria, cuyo alcance no mé esplico.

—Perdone, Sr. D. Isaac. — Aquí, lejos de tratarse de una nimiedad, se trata de un asunto grave, gravísimo. — La dignidad es cosa de alta estima, y si se la menoscaba impunemente, el que recibe esa afrenta se hace indigno de sí mismo y de la sociedad en que vive.

—Todo eso es muy verdad; pero me sostengo en lo dicho.

—¿Quiere decir entónces que vd. está dispuesto á batirse?

—Si su prohijado lo exige, no eludo el duelo. — Aunque no creo haberlo ofendido, yo nunca sé rehuir la responsabilidad de mis actos.

—No lo ponemos en duda, y siempre hemos hecho á vd. la jústicia de reconocerle los méritos que le distinguen; pero ya que vd. manifiesta que no ha querido ofender en lo más mínimo á nuestro ahijado, no vemos por qué no ha de poder así declararlo.

—Ya que vds. insisten, accederé á su ruego, más por los padrinos que por el ahijado.

Sin embargo, lo haré en una carta y nó en

una acta.

Acto continuo, tomó una pluma de su escritorio y escribió lo siguiente:

Sres. N. N. y N N.

Muy señores míos:

Por más que lo juzgo innecesario, y solo por complacer á vds., declaro: que yo no tengo, no he tenido ni creo llegue el caso de que tenga ninguna animadversión al bueno de D. Jorge ...

Si el caso llegase, — que no lo espero, — otro gallo cantaría, y ántes que recibir sus padrinos, él recibiría una soberana paliza de mi parte, pues no acostumbro andar con chicas, ni admito farsas como la que muchos han dado en llamar duelo.

Esperando que vds. quedarán satisfechos, les saluda con la consideracion que se merecen—*Isaac*.

Los padrinos de Jorge, — que en materia de valor personal corrian pareja con su mandante, — hicieron lo del diputado uruguayo: se dieron por satisfechos, y llenos de mil reverencias salieron más que lijero de casa del afortunado Isaac, — en derechura á lo de Jorge.

Este se hallaba en estremo preocupado, con el miedo retozándole en el cuerpo, pues sus verdaderas intenciones no eran batirse, sino darse importancia y hacer más tarde gala de su proceder.

—Qué tal, mis amigos? dijo Jorge al llegar sus padrinos. — ¿Han arreglado la cosa, ó ese cachafaz se niega á darme esplicaciones?

—Quiá! hombre, quiá! Aquí las tenemos, y ámplias.

Jorge, con la cara echa unas Páscuas, tomó más que lijero la carta de Isaac, y la leyó apresuradamente, exclamando:

—Bien decía yo que era un cobarde. Así son esos valientes de pura charla: cuando llega el momento se amilanan, y no les falta pretexto para sincerarse.

Gracias, mis amigos, gracias. Vds. han lavado mi honor, y siempre tendré presente tan señalado servicio. Esta noche cenaremos opíparamente en lo de Santiago y así celebraremos dignamente nuestro triunfo.

Isaac, en tanto, se había quedado riendo á mandíbula batiente de su temible adversario.

Clotilde quedaba pues, en absoluto señorío de Isaac.

Desde entónces su vida fué fugaz. La hipocondría se apoderó de su espíritu y no hubo medio de hacerla volver á sus pasados tiempos. Ni el lujo, ni los halagos más deliciosos tuvieron influencia suficiente para levantar su corazón y sentimientos.

Isaac, su venturoso amante, rico como éra, no la escaseaba lujo y diversiones. — El oro se

derramaba á manos llenas, sin miramiento, no pensando, sin duda, que algun dia debia de acabárseles.—Absortos en el presente no temian ni les preocupaba el porvenir.

Un año y meses despues, todo cambió de aspecto.—El carácter alegre de ambos perdió sus tintes de transitoria y aparente felicidad. La dilapidacion, la intemperancia de las pasiones, la falta de cacumen habian hecho disiparse en un breve tiempo las riquezas de Isaac, y con ella su salud y la de Clotilde.

Al punto se vió perseguido por un mundo de acreedores, y nadie queria ya fiarle lo más mínimo.

¿Qué hacer en tales circunstancias? Abandonar el lugar de su residencia?

Ese fué su primer pensamiento, pero recapacitando, desistió de él.

—¿A qué irnos fuera de aquí, se decían, si allí donde no se nos conoce no hallaremos quien nos tienda su mano protectora, y nuestras necesidades aumentarán de dia en dia, sin dejar medies de poner término á ellas?

Clotilde se habia criado mimosa de sus padres, y no aprendió nunca á hacer nada, pues no sabia lavar, planchar, coser ni cocinar.

Niña, todo lo recibió hecho, y mujer, sus amantes le proporcionaron cuanto le hizo falta.

No era pues, útil para nada, y en nada podria

emplearse.

Con Isaac sucedió algo parecido, pues si bien era un jóven inteligente y de relativa instrucción, carecía del hábito al trabajo, y le costaba entregarse á él despues de tanto tiempo de holgazanería y despilfarros.

La perspectiva que se presentaba á los ojos de ambos era, por lo tanto, en extremo sombría y aterradora.

Esto les tenia sumamente preocupados, sobre todo á Isaac, que á pesar de su relajamiento moral, un rayo de luz asomaba de vez en cuando á su intelijencia en otra época preclara.

Una mañana se levantó más temprano que de costumbre, y despues de pasar una noche en vela, en medio de un mar revuelto de ideas, á cual de ellas mas estrafalarias, con la resolución irrevocable de atentar contra su vida, que ya le era una carga pesada é insoportable.

A Clotilde le llamó la atención que su amante hubiera madrugado, máxime sin haberle participado que pensaba hacerlo.

— ¿Qué te ha hecho abandonar la cama á una hora no habitual? le interrogó.

— Es que atenciones urgentes me obligan á tomar una determinación que no esperaba. — Ayer noche sé me notició del fallecimiento de un tío, hombre de inmensa fortuna, sin hijos ni más parientes que yo, y ántes que el Fisco

se apodere de sus bienes, juzgo conveniente trasladarme al lugar donde estos se hallan, á fin de constituir apoderado y acreditar mi calidad de único heredero.

Para eso hay tiempo, Isaac. — La ley no quitará derecho por que aguardes algunos dias más.

— No digo lo contrario; — pero lo que debe hacerse hoy, nunca debe dejarse para mañana, dice un antiguo proverbio, y á él quiero sujetarme. Ya he arreglado mi baliya de viaje, y esta tarde pienso tomar el vapor y marcharme.

— Y yo ¿cómo es posible que me quede sola, sin tener quén me acompañe durante tu ausencia? ¿No ves que es una locura la que co-

me Gertrudis, que es tan buena, no dudó que se prestará gustosa á hacerte compañía.

— ¿Y has hablado con ella?

— Nó; pero ya te ha prestado más de una vez ese servicio, y creo que por breves dias bien se quedará á tu lado.

— ¿Entónces me prometes que regresarás pronto?

— Sí... muy pronto: talvez más de lo que tú te imaginas, dijo irónicamente Isaac, velando, sin embargo, la espresion, para que no se apercibiera Clotilde de su propósito.

—Pues ahora mismo me voy á casa de esa buena señora, la enteraré de tu viaje precipitado y de los poderosos motivos que te impulsan á efectuarlo. — Estoy cierta que no pondrá ningún obstáculo á mis deseos.

Dicho y hecho: Clotilde se dirigió en el acto al domicilio de D^{ca} Gertrudis. — Era una señora que frisaba en los sesenta años, — pues habia nacido en el cuarto mes del año, — obesa, fea como un susto, pero de buenas entrañas, y viuda de un abastecedor de ganado. — Su ocupacion consistía en la fabricacion y venta de pasteles de hojaldre y masitas de diferente tamaño, clase y codimentacion. — Sin embargo, cuando se ofrecía la oportunidad de cuidar un enfermo ó de acompañar una dama sola, se prestaba á ello, si no gratuitamente, por una modesta gratificacion, que le ayudase á vivir honradamente. — Clotilde, en consecuencia, no se vió desairada en su anhelo.

Isaac, aprovechando encontrarse solo, arregló sus papeles, escribió una carta, que colocó en el cajón del tocador de su amada, y luego salió á la calle en busca de su pasaje.

Cuando volvió, ya Clotilde habia regresado.

Notándole triste y pensativo, y queriendo sondar su pensamiento, díjole:

— Tu semblante revela, mi querido Isaac, que algun dolor que me ocultas hiere profun-

damente tu corazón

—¿Por qué tener reservas para conmigo, para quien tanto te ama y que por tí ha hecho lo que no habría concedido á ningun otro?

—Sí; estoy taciturno y melancólico; pero es por que siento separarme de tí.

—¿Y no dices que volverás pronto?

Así lo espero, al ménos.

—Entónces, fuera todo pesar. Nuestra situación, hoy precaria, cual no la creíamos, dejará de serlo dentro de pocos meses. — La sucesion de tu tio se liquidará ántes de sesenta dias, y lo que hoy nos hace falta, mañana lo tendremos en abundancia.

—La ausencia, Clotilde, cuando dos seres se quieren con entrañable cariño, — por breve que sea, — es siempre dura. — Si á esto añades nuestra pobreza, y que te dejo sin mayores recursos, comprenderás que tengo motivos sobrados para no reir ni gozar.

—No te aflijas por eso—Así como he vivido hasta hoy, podré hacerlo tan corto lapso de tiempo como el que demorarás en tornar.

Habian transcurrido algunas horas.— Isaac echó mano al reloj, y golpeándose la frente, exclamó:

—Ah! ya es tiempo que tome el portante. Dentro de media hora parte el vapor, y no quiero que me deje.

No bien habia terminado de pronunciar estas palabras, siente que tocan al llamador de zaguán.

Era un auriga que venia en su busca.

Intimamente emocionado, estrechó con frenesí en sus brazos á Clotilde, besóla con ardor, y luego se alejó, diciendo:

--No te olvides de mí!

—Oh! jamás, jamás! prorumpió Clotilde, cayendo sin fuerzas en un sofá que habia á pocos pasos de ella.

La infeliz, al volver en sí, se sintió abismada.—El rostro demacrado de su Isaac, su determinacion tan insólita de ausentarse y el no haberle hablado ántes ni de la dolencia de su tío ni de su muerte, le hicieron presentir una tremenda desgracia.

—¿Querrá abandonarme para siempre? Querrá suicidarse lejos de mí, ó será cierto lo de la inesperada herencia?

¿Quién sabe! Esperaré, sin embargo, y aunque quien espera desespera, esperando alimentaré al ménos una esperanza!

Que ella sea para mi felicidad!

VIII

Clotilde no comió ni lo pasó á gusto durante todo el día.

¿Y cómo habiade pasarlo tranquila, si Isaac,

á pesar de su aparente serenidad de espíritu, se ausentaba de una manera tan precipitada, y no obstante ser siempre para con ella lo más confidencial, se había mostrado esta ocasión tan reservado, no dándole á saber con antelación su proyectado viaje?

¿No habrá dejado alguna carta? dijo, y presintiendo algo terrible, se acercó á su tocador, — donde él y ella tenían por costumbre poner algunos de sus papeles, cuando querían no olvidarse de ellos, — y con ánsia indescriptible cojió en sus manos unas líneas, escritas de puño y letra de su Isaac, que decían así:

 Mi idolatrada Clotilde:

Nuestra desgracia es inmensa. — Despues de nadar en la abundancia, por falta de tino nos vemos hoy sumidos en la mas espantosa miseria.

Hijo de una familia distinguida, como tú, á quien he deshonrado y maldecido en momentos de insensato extravío, causando más de un serio disgusto con mi conducta desarreglada é intemperante, no tengo valor para volver á ella en demanda de auxilio y de perdon.

Pobre, sin más porvenir que el sepulcro, ya muerta en mi corazon toda esperanza, he adoptado la suprema resolución de abandonar el mundo para siempre.

Mi viaje pues, no tiene por objeto recojer ninguna herencia. — Cuanto te he dicho ha sido

falso y solo con el fin de que no obstarás á mi insólito y brusco viaje.

Cuando recibas ésta, quizás, tu desdichado compañero de infortunios duerma tranquilo el sueño eterno en el seno del mar.

Adios, Clotilde, adios por siempre; ten resignacion, si ésta es posible alcanzarla en la miseria, y perdona del mal que te causa el proceder de tu desgraciado —

Isaac.

Clotilde cayó al suelo desmayada, casi exánime, pues no era posible, ante tan negra perspectiva, permanecer con el ánimo sereno. — La suerte de Isaac era la suya, y sin él la vida tenia que ser doblemente angustiosa y desesperante.

D^{ca} Gertrudis, al aperebirse del estado de su acompañada, la recojió, púsola en su lecho, desprendióle el corsé, como para que respirara libremente, dióla á aspirar un suave éter, frotóle las sienes con dicho licor medicinal, y á los breves minutos logró que volviera en sí, presa, empero, de una fiebre devoradora, que por poco no la lleva al sepulcro.

¿Qué era en tanto de Isaac? Vamos á decirlo. — Ya abordo estaba en la cima del precipicio. — Su anhelo de suicidarse arrojándose al océano iba presto á cumplirse. — Pensó al principio hacerlo tan pronto el vapor abandonó el puerto de que habia partido, pero juzgó más

propio realizar su fatídica idea por la noche, cuando todos estuviesen recojidos y reinara un silencio universal. —No quería dar á los viajeros un espectáculo tan doloroso.

Consecuente con ese propósito, esperó que todos se acomodaran en sus respectivos camarotes, entregados en brazos de Morfeo, y cuando notó el más sepulcral silencio, oyéndose apenas el monótono ruido producido por la máquina del vapor, subió á popa y se arrojó de cabeza al mar.

Nadie le echó de menos hasta el siguiente día, en que notándose su falta á la mesa, llegada la hora del almuerzo, fué á su camarote uno de los mozos de cámara, creyendo se hallara indispuesto.

Sorprendido de no encontrarle, dió cuenta de ello al capitán del buque, quien, —después de las averiguaciones del caso, —se convenció al fin de que Isaac se había quitado la existencia echándose al agua.

Se supo por uno de los marineros que á eso de media noche se le había visto subir á la parte posterior del paquete, sin que más tarde se le viera bajar, y esto confirmó más esa fundada sospecha.

Labróse una acta, que suscribieron los viajeros, conjuntamente con las autoridades de á bordo, y en el primer puerto que arribaron fué entregada para resguardo de cualquier in-

culpacion.

Además, bajo la almohada de su camarote hallóse una esquila que decía:

«No se me busque inútilmente.

«Mi voluntad se ha cumplido.

«He muerto suicidado, víctima de las olas del mar.

Isaac.»

IX

Clotilde, abandonada por todos, sin una amiga que le tendiese la mano, pues su descenso moral le había hecho perder por entero la estimacion de que ántes gozaba, no repuesta del todo de su repentino y grave ataque á que hemos hecho mencion en el anterior capítulo, víctima de las necesidades que pasaba, cayó mortalmente enferma.

D^a Gertrudis, no pudiendo atenderla, — pues también era muy pobre, — la hizo trasladar á un hospicio vecino, á fin de que fuera sometida á una asistencia médica metódica y se la prodigarán los cuidados indispensables á su quebrantada salud.

Allí se la trató con solícitud, pero su enfermedad no tenía cura: una tisis galopante había minado sus pulmones y ni la linfa del sábio alemán, Dr. Koch, si entónces hubiera existido, no habría sido suficientemente poderosa para combatir el mal.

Sus últimos momentos fueron sumamente

tristes. — Evocando su pasado, con las lágrimas humedeciendo sus mejillas, se mostró arrepentida de su coquetismo y liviandad. — El nombre de Laura, — su amiga de la infancia, á quien á pesar de todo habia perdido el aprecio que en otrora le profesara con excelcitud, — no lo olvidaba ni un instante. — Encamendó se le manifestara su cariñoso recuerdo y que al exhalar el postrimer suspiro tuviese para ella misericordia y perdon.

— Muero deseando verla y contemplar su rostro de serafin, decia, — pero no tengo derecho á pedirle el tremendo sacrificio de que se acerque junto á mi lecho. — He sido demasiado injusta, y la vida depravada que he llevado y que me ha conducido á la miserable condicion en que me encuentro, me alejan de su presencia como un espíritu infernal. — Ella es buena, honrada, modelo, en toda la acepcion de esta palabra; sé que siempre me ha mirado con compasion, lamentando en lo íntimo del alma mi extravío, y me consuela, en medio mi dolor, el pensamiento de que ha de disculparme y hasta llorar mi desaparicion del mundo.

¡Es la pobre tan buena!

Absorta en esa preocupacion se lo pasaba las horas enteras, sumiéndose en un paroxismo en que luchaba entre la vida y la muerte.

La ciencia de Hipócrates era impotente para

contener el vertiginoso progreso de su enfermedad, y momentos más, momentos menos, tenía que sucumbir irremisiblemente.

Pronto pues, la muerte le sobrevino, y nadie derramó por ella una sola lágrima, ni depositó una flor sobre su lápida mortuoria.

Sus padres, ignorantes y fátuos, creyendo que la riqueza es la soberana del mundo, habían cavado la tumba de su hija, cortando las alas de su risueño porvenir al empezar a clarear en el horizonte de la vida.

Podría decirse de ellos lo que dijo Jesús Lazareno de sus verdugos:

Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Después que el mal ya no tenía remedio fueron las aflicciones y los remordimientos; pero la catástrofe se hacía inevitable: la vaca a todo lo corrumpe, y si queda un átomo de pudor, no le libra de la vergüenza pública.

Ya en vida había muerto para el mundo, aun mismo para sus propios progenitores, pues estos desde que Clotilde huyó del hogar doméstico é hizo vida común con Jorge, antes de juntarse con Isaac, no se acordaban de ella sino para maldecirla.

Abochornados de su conducta, se alejaron de la villa de X... y no obstante su amor tradicional por el luto, no vistieron de negro por su hija, cuyo fallecimiento llegó hasta ellos

cerca de un año despues de acaecido, leyendo un periódico viejo que por casualidad cayó en sus manos, envolviendo varios artículos de una casa de comercio que lo habia comprado por arrobas.

Cuántas Clotildes no existen en el mundo: unas por inclinacion propia al mal y otras por abandono criminal de sus padres!

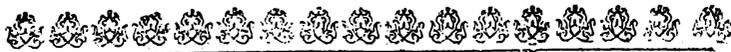
La educacion racional y el buen ejemplo son los mejores antídotos contra la liviandad y la ignorancia.

En el hogar y en la escuela es donde pueden adquirirse con mayor provecho que en ninguna otra parte, porque el cultivo del corazon y la intelijencia son la base de las buenas costumbres y forman el carácter del individuo de cualquiera de los dos sexos.

Esto no debén olvidarlo ni los que constituyen una familia ni los encargados de difundir las luces del saber en el seno de la niñez educanda.

Hay que sembrar para recojer, y si se siembra mal, no pueden obtenerse ópimos frutos.

SEGUNDA PARTE



LAURA Y CLOTILDE

SEGUNDA PARTE

I

Hablemos ahora de Laura.

¿Qué fué de ésta?

¿Qué futuro le sonrió?

Vamos á responder á estas preguntas, satisfaciendo la legitima curiosidad del lector.

Laura no habia cambiado en nada. Su corazón, siempre noble y generoso, se hallaba dispuesto á la práctica del bien y de las grandes virtudes.

Enemiga del fausto y de la coquetería, vivia con sus padres alejada de ese murmullo de pasiones que agostan con su atmósfera letal las más preciosas flores del alma.

Era una niña modelo, por cuya causa todos de la villa la querian cada vez más. Y no es esto de admirarse. Ella, á más de ser bondadosa y humilde, con su trabajo ayudaba á sus progenitores á procurarse la subsistencia diaria. No obstante esto, pasaba una vida alegre y llena de ventura, porque tenia tiempo para todo.

El extravío de su amiga de la infancia, la pobre Clotilde, como ella la llamaba, llenaba su corazon de pesadumbre, pues el afecto que supo inspirarle fué sincero y entrañable.

Cuando tuvo noticia de su fallecimiento, á pesar de todo, derramó una lágrima á su recuerdo, quizás la única que fué vertida en homenaje á su memoria.

Corazon noble y magnánimo no podia permanecer insensible ante el negro fin de la que tantos momentos de íntimo placer la hizo disfrutar en la aurora de la vida, cuando todo era inocencia, candor y bellas ilusiones.

¿Qué habria dado por salvarla, apartando sus pasos de la senda del mal? Pero cuanto se forjaba para hacerlo no pasaba de una utopía, porque no estaba en sus manos convencerla del error. — Ya la vanidad le habia cegado y el gusano roedor del vicio penetrado en sus entrañas.

Todo esto la servia, empero, de emulacion para no separarse jamás de las buenas máxi-

mas que en el hogar y en la escuela le habian sido inculcadas por sus padres y maestra.

Sus amistades honestas y distinguidas, que supo adquirir con su carácter adorable y encantador, eran para ella un consuelo y augurábanle una dicha sin cuento, un lisonjero y feliz porvenir.

Muchos jóvenes de las principales familias habian simpatizado con Laura, no obstante su modestia y retraccion de concurrir á los paseos y *soirées*, á que era invitada con frecuencia, pues si antes se la excluía, cuando era aun muy niña y poco conocida y apreciada, á la edad de 18 años se la empezó á mirar con suma distincion.

El fin de su compañera de estudios, la conducta nada sensata de los progenitores de ésta y sus correctos procederés, hicieron disipar toda mala atmósfera, y léjos de ser tenida en poco, como ántes, era la primera de que se acordaban las comisiones invitadoras para los festivales de la *high life* social.

II

Un dia el padre de Laura, teniendo que ir por ciertos asuntos á un pueblito vecino, la llevó consigo á visitar sus viejas relaciones, de las que le separaba hacia ya algunos años, pues ruidosos acontecimientos políticos le arrojaron de sus playas sin piedad.

Laura conoció entónces á un joven, que ten-

dria á la sazón 15 años de edad, contando ella en esa fecha apenas unos 12. — Era muy niña para que sintiera arder en su corazón la divina llama del amor. — Sin embargo, sintió nacer en el fondo de su alma una honda y dulce simpatía por aquél, llevando de él los más gratos recuerdos.

Y qué coincidencia! David, — que así se llamaba su amiguito. — también experimentó por Laura la misma sensación. — Parecía que el destino les hubiera tocado el corazón con la vara mágica del presentimiento, adelantándose á un futuro todavía lejano.

Ocho años después, volvieron á verse, y entonces, lo que fué una fugaz ilusión de la niñez se convirtió en una realidad. — Aquellos corazones infantiles, que latían á impulsos de una inocente y oculta simpatía, sin soñar siquiera en echar hondas raíces y transformarse, se hablaron con el lenguaje elocuente de un afecto tierno y profundo, jurando unirse para siempre ante sí y la sociedad.

Laura se sintió feliz al verse amada con una pasión tan pura é intensa, y aguardaba con íntimo regocijo el día en que su ser pudiera confundirse con el de David.

Entregada á tan risueña esperanza, el arpon del dolor vino un día á enturbiar el diáfano cielo de su felicidad.

David era un jóven de ideas avanzadas, de

carácter enérgico é independiente, que vivia de su trabajo personal, desligado de la atmósfera deletérea que muchas veces corrompe los corazones más puros en las esferas del poder. — El lábaro de sus actos no era el estómago, como diria el Dr. Angel Floro Costa, sinó su conciencia honrada.

En sus momentos de ocio se ocupaba en escribir algunas cuartillas de papel y darlas á la prensa, y el periodismo le ofrecia la ocasion de combatir el vicio y la injusticia, colocando por encima de ellos la virtud y el patriotismo; porque la prensa, segun ha dicho con verdad un constitucionalista moderno, es una salvaguardia de los derechos y libertades, y talvez la más efectiva y poderosa en un país democrático, en que es necesario que los que ejercen el poder se capten la benevolencia del pueblo, y no incurran en su desagrado, para que sigan mereciendo su confianza, y es el medio de ilustrar al pueblo sobre esto, é inducirlo á aprobar ó condenar la conducta de los que gobiernan.

El oscuro personaje que ejercia el mando por entónces en la villa de X... era dueño de vigas y haciendas, y por poco no ponía moños, pegados con brea, á las niñas y matronas, como se hacia en Buenos Aires durante el predominio absoluto y despótico de Rosas.

David denunció más de un atentado, bajo su responsabilidad, — pues no temía afrontar las iras del sátrapa, — y esto le dolía al mandarin aludido, pues quería hacer de las suyas sin que la fusta de los hombres de bien le zarandease como se merecía.

Entre otros atropellos que toleró y autorizó con la impunidad, se hallaba el cometido con una familia muy conocida en la villa, y como nadie censurase públicamente ese hecho infame, lo hizo David, aunque sin que su nombre figurara al pié de la publicación, empero haberla garantido para el caso que fuera necesario hacerse solidario de ella.

Ya por presuncion, ya por haberlo revelado, por pusilanimidad, el gerente del diario, es lo cierto que se supo quién era el autor de aquel valiente escrito y se hacia preciso castigar tal osadía, pues la consigna era: *No toqueis á la reina.*

¿De qué valerse para ello? ¿Mandarle reducir á prision sin más ni más, por tal *delito*, sin prévia acusacion y condena de las autoridades civiles competentes ó del jurado popular?

Como cualquier tentativa al respecto no habria producido los resultados que deseára, creyó más conducente fraguar una de las tantas mentiras de que se valia para dar cierto barniz de legalidad á sus actos vandálicos, propios de su carácter virulento y espíritu maligno. — Al

efecto mandó aprehenderle, despues de oración, y cuando se hallaba muy tranquilo, sin imaginarse tal cosa, en casa de su adorada Laura, no logrando, sin embargo, su propósito, pues á sus esbirros é instrumentos, como carecian de dignidad y de civismo tambien les faltó el valor bastante para afrontar con eutereza la temeridad de sus acciones repudiables ante la actitud resuelta de su anhelada presa.

Laura, — que fué testigo de aquel atropello inaudito, — viendo asaltado su hogar por una turba de seres inconcientes, que obedecian á las inspiraciones de su amo, á la par de David, sintió arder en su corazon el fuego de la rãbia, é increpando duramente el proceder del jefe de la partida, le enseñó la puerta de la calle, — y como permaneciera impertérrito, aguardando la respuesta de un mensaje que acababa de enviar á su instigador, cojióle fuertemente de un brazo, y le dijo:

—Genté de su talla moral está de más aquí.

El aludido, mirando el sexo de quien así lo trataba, pretendió á su vez tomarla del brazo y arrojarla en tierra.

Antes que pudiera asirla, levantando la diestra, Laura le aplicó un bofetón, que le dejó desconcertado.

Habria quizás vuelto sobre Laura; pero no

se atrevió y tuvo que retroceder y tomar las de Villadiego, en vista de la actitud que demostró David, pues echando mano á su revólver iba á levantarle de un tiro la tapa de los sesos por cobarde y audaz.

Laura pasólo preocupada toda la noche, -y temerosa de algun nuevo atropello á mano armada, se asiló en casa de una familia amiga, donde fué rodeada de toda clase de atenciones y garantías.

David no quiso abandonarla, y tambien se alojó allí, mas que por temor propio, por la suerte que pudiera correrle á su prometida.

La vida de ésta era para él más estimada que la suya.

III

¿Qué ocurrió despues de la violenta escena que dejamos narrada en el capítulo II?

Nada, puede decirse, pues el delito es cobarde, y al siguiente dia del atropello mencionado se dió como descargo de conciencia la disculpa de que todo habia sido hijo de un lamentable error.—Que la superioridad ordenó la prision de un jóven cuyas señas coincidian con las de David, por considerársele complicado en un movimiento subversivo próximo á estallar.

La arbitrariedad fué, por lo tanto, cubierta

con la más grosera farsa. — No habían tales niños muertos, es decir, no existía semejante mandato ni tampoco la más remota idea de conmover la paz varsoviana que reinaba bajo la presión de la barbarie y el pillaje enseñoreados en las alturas del poder.

David, que la noche del trágico suceso en casa de Laura, había recién declarado á ésta la ardiente pasión que por ella sintiera, — pues hasta entónces la visitaba únicamente con carácter amistoso y desinteresado, — aprovechando la circunstancia de no poder entregarse al sueño, á causa de la incertidumbre é intranquilidad de ánimo en que pasóla, arrancó á su lira las estrofas siguientes que condensaban su pasión y sentimientos:

A LAURA

La raquítica chusma envilecida,
Que se arrastra á las plantas del poder,
De tus ojos, espejo de inocencia,
Una lágrima amarga hizo verter.

Y yo estaba á tu lado en ese instante
Y no pude calmar tu sinsabor:
El destino fatal que me persigue
Te robaba la paz del corazón.

Pero en cambio de tanta desventura

Puede al ménos brindarte a questo amor,
 Qué es bien poco, en verdad, porque tú vales
 Un tesoro sin par,—no mi pasion.

Mezclóse mi placer y mi martirio
 Y sentíme de dicha con mover:
 Qué esa noche se unieron nuestras almas,
 Confundiendo en un solo nuestro sér.

Ojalá que ese cielo de bonanza
 Que pudimos dichosos vislumbiar
 No ilumine el zénit de nuestra vida
 Cual fugace meteoro al irradiar:

Que si pierdo tu amor y tu cariño,
 Mi dicha tornarése en padecer,
 Y hallaré por corona á mi martirio
 Una tumba y un fúnebre ciprés!

Estas patrióticas y apasionadas estrofas, dadas á luz, aunque anónimas, causaron el más pésimo efecto en el ánimo del cacique de la villa. Su indignacion llegó al colmo y David se vió en el forzoso caso de abandonar el país, temeroso de que se le asesinase villanamente, pues cual la sombra del lego de *Los Madgyares* se le seguian los pasos por todas partes, con riguroso sigilo.

Más que por sí mismo, por la tranquilidad de su familia y de Laura, tuvo el sentimiento

de recurrir á la proscripcion. — Si no lo hace, el puñal de algun malvado habríale partido el corazon.

Su primera carta fuè para ella, y se hallaba concebida en estos términos:

Querida Laura:

No puedes imaginarte cuánto extraño á nuestro querido pedazo de tierra. Si no dejara en ella lo que más atesoro y apetezco, que eres tú, despues de mi pátria, me reíría del dolor.

No importa, sin embargo, pues me sonríe la esperanza de que en dia no lejano ha de cambiar nuestro porvenir.

No serán los Atilas de nuestras libertades quienes logren hundirnos en la desesperacion y la miseria, abrigando, como abrigamos en nuestra alma, una fé ardiente é inquebrantable.

Tú debes ser fuerte, aún mismo que una cadena de infortunios torture sin piedad tu corazon. Yo también lo seré, y estas rudas lecciones de la esperiencia me serán altamente saludables.

Tu carta ha sido para mí un bálsamo que ha venido á cicatrizar las heridas del alma.

Una carta es un tesoro inestimable para dos séres que entrañablemente se aman. En cada palabra, en cada frase, el alma vierte el sentimiento cual la sangre de una herida, pero en

vez de arrebatárla, dilata la existencia.

El corazón es un manantial fecundo donde brota sávia vivificadora cuando late confundido con otro que alimenta iguales emociones.

Veó con placer que el tuyo encarna esa noble cualidad y que en tus misivas esparces el aroma moral de tu ternura.

¡Dichosa de tí, que tienes el privilegio de transmitir en el molde de la palabra escrita lámpos luminosos de tus ideas y sentimientos!

Yo me siento pesadumbroso al leerlas; pero esa tristeza me consuéla, por que emana de tí. Si me embargara la pesadumbre que mata, entóncez sufriría horriblemente, porque una mano infame y aleve habría descargado su golpe sobre mí.

Tú no; tú no puedes herirme con tu lenguaje: éres un foco de vida, un torrente de exquisita sensibilidad, que realza y fortalece el espíritu. Lo que lamento, ciertamente, es que yo sea la causa de que tus párpados se inunden de llanto. Sé fuerte, imita á tus congéneres de otros tiempos, que supieron alimentar en su pecho el sacro fuego del patriotismo y retemplar el alma de los que lucharon por legar á la pátria dias de honor y de gloria.

Esa tierra clásica del heroismo, donde en hora no lejana luchóse con la serenidad de los estóicos y el valor de los espartanos, debe ins-

pirarte á soportar con resignacion y noble orgullo el peso de la fatalidad.

Tú eres fundida en el molde de las heroínas griegas, y te hallas habituada á estas pasajeras tormentas de la vida.

Más de una vez la cuna en que se mecieron tus primeros años y cuando los arrullos maternales halagaban tu inocencia, habrá sido regada con el llanto y una lágrima humedecido tu rostro angelical.

Ambos hemos nacido bajo un cielo de borrasca y visto agitarse sobre nuestras cabezas el huracan de las pasiones que desde la emancipacion política ha azotado los destinos nacionales y diezmando nuestras fértiles campiñas y florecientes ciudades.

Ten pues, resignacion. No importa que el tiempo y la distancia separen nuestro sér material, nuestro yo físico, si nos ligan lazos estrechos é inquebrantables, si nuestro yo moral y psicológico nos une y alienta.

Tuyo siempre—

David.

Laura, profundamente emocionada, respondió en estos términos:

Mi querido David:

Cuán feliz me siento al considerar que me ama un sér de tu corazón y relevantes cualidades morales.

Tu sensata y cariñosa carta nos ha hecho

llorar á todos de alegría, y apreciamos en lo que vale tu reconocido civismo.

Sí todos te imitasen, la Patria no se viera al borde de un precipicio, ni la mano del despotismo pesaria cual plancha de hierro sobre sus destinos.

Si el amor ennoblece y levanta el espíritu, el patriotismo no engrandece ménos, porque es la base de la felicidad de los pueblos.

Consérvate siempre así, vive tranquilo,—si es que la tranquilidad no es incompatible viviendo léjos de la tierra natal y de los séres que se aman,—y confía en la fidelidad y tortaleza de ánimo de tu inolvidable—

Laura.

IV

David,—de naturaleza ardorosa,—no podia vivir sin preocuparse sériamente de las cosas de su Patria, y fundó un diario, denominado «La Libertad», en cuyas columnas fustigó sin compasion á los que la vejaban de una manera tan indecorosa.

El apostolado del periodismo se habia hecho carne en su espíritu vehemente, y el ostracismo á que le condenara el huracan de la politica, hizo de él un soldado activo y valeroso de la causa del pueblo.

Comprendía que la prensa libre es el paladion de las libertades públicas, y como dice

Grimke; uno de los representantes del pueblo.

Por consiguiente, aunque desde el extranjero, quería contribuir con el concurso de su palabra honrada á derribar la tiranía de su trono efímero.

«La Libertad» alcanzó pues, un éxito ruidoso, y como «El Nacional» de Buenos Aires, en los primeros tiempos en que la redactó el inolvidable paladín del periodismo, Dr. Juan Carlos Gomez,—era aguardada con ansiedad en todos los hogares, y sus vendedores se veían asediados por todas partes, no dando abasto á la demanda de los numerosos ejemplares que se les solicitaba.

El verdugo de su país no pudo soportar impasible, durante mucho tiempo, y resolvió quitar del medio al patriota atalaya de los derechos y libertades públicas, porque el despotismo es el peor enemigo del pensamiento libre y de la luz.

No le faltaban secuaces de alma atravesada, y eligió á uno de ellos para encomendarle la tarea de asesinar traidoramente á David.

El oro tiene mágico poder para los corazones perversos, y esta vez halló éco en uno de los que se arrastraban cual reptil á las plantas del infeco gobernante.

Una noche oscura, en que casi ni las manos

se veían, —tal era la lobreguez que reinaba, — David iba de regreso á su morada, cuando al doblar una esquina se apercibe, en medio la penumbra, de que habia un hombre agazapado, como quien procura descubrir alguna cosa sin ser visto ni sentido.

Echando mano al revólver bulldog que llevaba y ántes que pudiera ser acometido, dirijiéndose al oculto personaje, dijo en alta voz:

—Abreme paso, ó mueres.

El desconocido, al verse descubierto, huyó á todo escape, sin articular ni una palabra.

David pensó hacerse fuego y correr tras el fugitivo, pero desistió de su propósito, ya por lo tenebroso de la noche, ya por temor de que se le hubiera tendido alguna celada, y el extraño personaje de la referencia tuviese á corta distancia algunos compañeros que pudieran auxiliarle.

No le dejó de llamar la atención tan insólito suceso, y sirvióle de elocuente prevencion para no vivir descuidado como hasta entónces. — Sin embargo, no quiso revelar á nadie lo que le habia pasado, y ménos aun á la autoridad policial respectiva, pues si hacia público dicho suceso, quizás más tarde no fuera dado atrapar al incógnito sujeto, si es que sus intenciones eran asesinarle.

Este hecho no por eso le intimidó.

David siempre recorría la ciudad sólo, sin

mas compañía que su referida arma y su valor personal, reconocido y nunca puesto en duda.

Sus amigos, presintiendo un mal fin, se afanaban por acompañarle en sus escursiones nocturnas, pero siempre les respondía:

—No tengo por qué abrigar miedo.

Por otra parte, si algun malvado tuviese el propósito de salirme al encuentro, viéndome en union de otros se abstendría, y creyéndome pusilánime aprovecharía encontrarme solo para hacerlo.

El delito es cobarde, y nadie ha de atreverse á esponer su vida por arrebatar la infia.

David no dejaba de tener razon, pues muchas veces se asalta por la calle á una persona, cuándo ésta demuestra algun temor; pero cuando revela entereza de espíritu, sucede lo contrario: léjos de asaltársele se le teme y respeta.

Sabia esto por esperiencia, pues más de un perdona y quita vidas, ante su inquebrantable carácter no se atrevió á ponérsele de frente, aun cuando á espaldas suyas hiciera y deshiciera sin fin de malélicos proyectos.

Un personaje político, por ejemplo, que tenía fama de valiente y audaz, tuvo con él un incidente judicial, con motivo de haberle acusado un artículo que contenía abrumadores

cargos, y no obstante amenazarle á muerte con cualquiera que hablara á su respecto, siempre que le veía calmaba sus bríos, no atreviéndose á salirle al encuentro.

Por el contrario, si David iba por la misma vereda, sobre todo detrás de él, tomaba en el acto la de enfrente, sin duda temeroso de alguna provocación.

V

David, desde el incidente referido, se previno más que de costumbre, dispuesto á todo: á matar ó á morir si se le intentaba asesinar.

Recibió varios anónimos, unos advirtiéndole que se atentaba contra su vida, y que, por consiguiente, era preciso que anduviese alerta, y otros, amenazándole con el puñal si continuaba combatiendo en las columnas de «La Libertad» á las malas autoridades de su Patria.

David se sentía más enardecido con semejantes avisos y cada día fustigaba con mayor ardor á los sátrapas de su desgraciado país.

Sus pasos eran espíados, y su vida hallábase pues, en inminente peligro, pero su ánimo en lugar de decaer se agigantaba, pues en los momentos de prueba es cuando crece el valor de los hombres de temple.

De su Pátria y del suelo hospitalario en que vivía mereció el aplauso de los hombres de bien, sin distinción de nacionalidades ni de

opiniones políticas, pues se trataba de una causa común.

Uno de los hombres más inteligentes de su época, á quien habia enviado un número de su publicacion, le exhortó en los siguientes alentadores y elocuentes términos:

Muy Sr. mio:

He recibido el primer número de «La Libertad», que ha tenido vd. la amabilidad de enviarme.

Quedo íntimamente agradecido por este acto de deferencia de su parte; tanto más espontáneo y sincero, cuanto que con vd. solo nos conocemos por habernos encontrado alguna vez, asociando nuestros nombres y nuestros esfuerzos á los de otros obreros del pensamiento, empeñados en ensanchar los horizontes que abarca la inteligencia humana.

Sin conocer á los fundadores de ese periódico, me figuro que son todos ellos jóvenes que ensayan sus fuerzas en el terreno de la ciencia, como esas aves de brillante plumaje que sacuden sus doradas alas para lanzarse á recorrer los campos desconocidos del espacio.

Magnífico espectáculo y saludable ejemplo. — Una juventud que así emplea su tiempo es una falange de héroes que se prepara para las luchas del tuturo, llevando en sus frentes el rayo de luz de las ideas, que alumbrá á los pueblos el camino del porvenir!

Los que tal hacen, tienen derecho al título de patriotas. — Poco importa que no hayan empuñado nunca un sable para derramar sangre de hermanos, en esos días luctuosos y yaciagos, cuando el cañon de la guerra civil retumba por los boques desiertos y por las campiñas floridas de nuestros países.

Esos son soldados que sin mas armas que la palabra escrita ó hablada, saben producir revoluciones y ganar batallas, pero fecundas en beneficios para la patria y para la humanidad en general.

A esos soldados les está encomendada la tarea difícil pero grandiosa de realizar un ideal que la humanidad persigue con afán constante desde las edades más remotas: someter el poder de la fuerza material al mágico poder de la inteligencia.

Para eso tienen que servirse de ese vehículo conductor de las ideas que se llama la prensa; hermosa máquina que posee la virtud inapreciable de dar formas plásticas al pensamiento; brillante invencion del injénio perseguida por los déspotas y combatida por los partidarios del oscurantismo.

Ella ha sido y será siempre una aliada natural de la libertad del pensamiento; de esa libertad condenada por el *Syllabus* hoy, como lo fué ayer por las supersticiones y el error, y como lo será siempre por los dogmas de fè que

los hombres sancionan,—dogmas que están perfectamente en acecho contra la razón para ahogarla, como monstruos de intenciones aviesas, apostados en las sendas oscuras de la conciencia humana.

Leibnitz decía que los que tienen á su cargo la enseñanza pueden cambiar la faz del mundo; y yo creo que aplicando á este tópicó las palabras de aquel gran filósofo, podemos decir muy propiamente: «los que sepan cumplir el noble apostolado de la prensa, pueden cambiar la faz de nuestras sociedades.»

Pero necesito terminar esta carta, pues estas digresiones me llevarían demasiado lejos.

Deseo á vd. el mejor acierto en sus trabajos, y me suscribo, su servidor y amigo—

J. A. M.

Una noche, en momentos que se disponía á colocar la llave en el picaporte de la puerta de calle, el ruido casi imperceptible de unos pasos precipitados hizo á David volver la vista hácia atrás, y ántes que pudiera hacerlo del todo, el cañón de una pistola amenazaba herirle por la espalda.

—Miserable! prorumpió David.—A los hombres no se les hiere sinó de frente.

El asaltante apretó el gatillo, pero el arma erró fuego.

No por esto se desconcertó, y echó mano á la cintura, con el propósito de acometerle con

el puñal que llevaba.

David, rápido como un rayo, apeló á su revólver, martillólo en un segundo y descerrajólo un tiro con tan buen acierto que una de las balas de 12 milímetros que contenía le atravesó el corazon, hiriéndole mortalmente.

Al oír el disparo y creyendo le hubiera pasado algo grave al valeroso periodista proscrito, acudieron varios de sus amigos de la vecindad á ver lo que acontecía.

Enterados de ello y en union de David se apersonaron á la oficina policial más inmediata á dar cuenta de lo que acababa de pasar.

El cadáver del infeliz mercenario fué recogido por la autoridad y velado esa noche. Al siguiente dia se le condujo á la necrópolis y se le dió sepultura.

David lamentaba que hubiera sido un maniquí el que provocó su ira y su defensa, y nó su ruin instigador.

Detenido en la policía, hasta entrar en las investigaciones pertinentes, fué puesto en libertad esa misma noche bajo fianza de uno de sus acompañantes, que era persona abonada y respetabilísima; pero bajo la condicion de pasar los antecedentes á la superioridad y al Juzgado correccional á fin de proceder de una manera más completa á la instauracion del sumario respectivo.

En uno de los bolsillos del muerto se encon-

tró un papel en que se apuntaban las señas de David.

Sin duda no le conocia personalmente, y para no sufrir una lamentable equivocacion le habian especificado minuciosamente su fisonomía y modo de vestir.

Si el inolvidable D. Florencio Varela hubiese sido tan esperto como nuestro jóven héroe, las etras del Plata no habrian tenido que lamentar su prematura muerte, y el tirano de Buenos Aires, léjos de regocijarse, con satánica sonrisa, hubiera sentido sobre sus espaldas hasta su ruidosa caída, despues de Monte Caseros, el chasquido del látigo con que le azotaba con patriotismo y talento desde la excelsa y temida tribuna de la prensa.

VI

Los periódicos dieron la noticia de la tentativa de homicidio en la persona de David y del trájico fin que tuvo su cuasi asesino.

Laura y su familia se alarmaron, y con sobrado fundamento. — Vefan que su vida pendía en un hilo, y no era posible que ánte la magnitud de tal peligro permaneciesen tranquilas.

Sus padres le escribieron repetidas cartas exhortándole á clausurar «La Libertad», pero David se mostraba inexpugnable.

—¿Cómo puedo acceder á semejante pedido, —les contestaba, —si mi actitud me colocaría en la picota del ridículo, haciéndome pasar por cobarde ante la opinión pública, y lo que es peor, en el concepto de mis adversarios?...

Sin embargo, se decidió á matar su querido diario, por no tener por más tiempo en continuo sobresalto á los autores de sus días, ya entrados en años, y á quienes amaba con locura, —y así lo hizo despues que hubo terminado el proceso que se le instruyó por la muerte de su asaltante.

El fallo de la justicia le absolvió de culpa y pena, declarando que habia procedido en uso del legitimo derecho de defensa.

Laura también le habia suplido por su cariño y porvenir no siguiera esponiendo su vida tan estérilmente, y ante tales súplicas no era posible resistir por más tiempo.

—Si no me quieres ni nunca me has querido, es otra cosa....., terminaba diciendo en una de sus últimas y sentimentales misivas.

David, —que sin ser poeta ni darse infules de tal, —trépaba de vez en cuando las cumbres de Parnaso, respondió á su amada con los siguientes versos:

A LAURA

No debes de dudar del tierno afecto
Que traduzco, mi bien, con la palabra:

Que no miente la voz de la conciencia,
Ni el ténue resplandor de mi mirada:

Lo que siento en el fondo de mi pecho
No es un sueño falaz que mi alma halaga;
Es el mundo interior del sentimiento
Que siempre al sople de tu amor se inflama...

Mi amor no es terrenal sino del cielo,
Y es tan puro cuál plácida esperanza;
Pues me creo habitando un paraíso
Al sólo recordar que eres mi amada.

Y ojalá se conserve eternamente
Encendido en el templo de nuestra alma
El culto sacrosanto que reanita
De este amor divinal la intensa llama.

No te importen del mundo los halagos:
Ni el empuje fatal de la desgracia:
Si hoy se cierne en tu ser el infortunio,
Ha de cambiar tu porvenir mañana.

No desmaye tu espíritu, ángel mío,
Y eleva la cerviz con arrogancia:
Desprecia los reveses del destino,
Que no debe caer un alma honrada.

Yo también he luchado con la suerte;
Y vivo bajo un cielo de barrasca;

Però siento mi espíritu gigante:
Nunca mi tierno corazón desmaya.

Jamás el huracán de las pasiones,
Que tanto afligen á mi amada patria,
Jamás me doblegó bajo su peso,
Y ante su empuje mi conciencia se alza.

Y hoy que un mundo vislumbro de placeres,
Al través de un celaje de bonanza,
No es posible, mi bien, que languidezca
Y que sienta mi ser que se amilana.

Hoy vivo con la vida del espíritu,
Y tengo más valor, porque tú me amas:
Imita mi entereza y mi conducta,
Y desprecia el dolor que te taladra.

No importa que la turba de asesinos
Que deshonra y esquilma nuestra Patria,
Quiera, torpe, en su loco desvarío
Ahogar en nuestros labios la palabra

Que dó existe el civismo inexpugnable,
Jamás el corazón, jamás desmaya,
Y el rudo batallar de la existencia
Léjos de amilanar, levanta el alma!

VII

David, contrariando su tendencia y vocación

por el periodismo,—pues su espíritu batallador no podía acostumbrarse á permanecer en la inacción, ni indiferente ante el mal en auge, —se dedicó á la carrera del comercio, haciéndose cargo del corretaje de una fuerte casa de negocio.

Recorriendo los múltiples pueblos en que se mantenían relaciones comerciales y entregado por completo al cumplimiento de su deber, del que dependía su subsistencia y bienestar, no vivió más de la política hasta pasados algunos años en que una administración honrada y decente subrogó, en un raptó de patriotismo, á la leonina y desquiciadora que por tanto tiempo habia hecho presa á la hermosa villa de X..., su tierra natal.

Jóven de talento y honestidad recomendables, fué recibido con los brazos abiertos por sus antiguos amigos y por todos los hombres de bien, llegando á ser el leader ó porta-estandarte de la juventud de su generación.

Pronto se hizo camino, siéndole brindados puestos de importancia en el seno del Gobierno y que rechazó por no avenirse á su carácter vivir de la empleomanía, máxime cuando en su concepto habia en su Patria hombres más meritorios y mejor preparados que él para ocuparlos con rectitud y brillo.

Fundado en esos escrúpulos, solo aceptó cargos honoríficos.

En todos ellos supo acreditarse, dejando rasgos luminosos de su actividad, honradez y sólidas luces.

Laura vivía embelesada con la conducta y distinciones de que era objeto su prometido, y esperaba con ansiedad indescriptible llegase el momento en que pudiera llamarse su esposa.

David, acreditado como se hallaba, y no faltándole trabajo, pues su voluntad era de hierro y ante ella no existían imposibles, logró asegurarse un porvenir, y vencidos los primeros obstáculos, sólo faltaba acordar la fecha para realizar el anhelo de unirse para siempre con los lazos nupciales,

Con regocijo general de la familia de ambos jóvenes y de sus numerosas y excelentes relaciones, se acordó la boda para dentro de un breve lapso de tiempo.

Hechos los preparativos, la risueña ilusión de algunos años se trancó en una hermosa realidad: David y Laura confundieron su existencia en una sola al amparo de la ley civil.

Esta boda fué de la más rumbosas habidas entónces,—un verdadero acontecimiento social, por más que los jóvenes esposos se esforzaran en que revistiese la mayor modestia, en consonancia con su carácter adverso á la vanidad y el boato.

VIII

¿Qué porvenir sonrió á Laura y David?

La felicidad fué con ellos. — Se amaban con delirio, y el verdadero amor funde los corazones en el crisol de la ventura.

Su suerte no fué pues, un capricho del destino, ni duró lo que un lirio ó una sensitiva. Su esposo, — como lo hemos dicho y se habrá visto por sus obras, — era un jóven de vastos conocimientos, de educacion esmerada y de una conducta á toda prueba. Su familia pertenecía á una de las más distinguidas de una ciudad vecina, donde gozaba del aprecio general.

Ella y él fueron el báculo y el sosten de sus ancianos padres. No les animaba la soberbia ni la vanidad; eran poseedores de un caudal de levantados sentimientos; no llegaban hasta su corazon las miserias del mundo, y esto constituia para ellos la más grande de las felicidades.

Sus almas se hallaban vinculadas por estrechos lazos de amor, y el acendrado cariño es el substentáculo en que descausa el porvenir del matrimonio.

David, en sus últimos años, llegó á la primera magistratura de su país, poniendo en práctica en el pináculo del poder las ideas que habia profesado y defendido á costa de su

vida en la llanura, confundido con el pueblo, á quien nunca deben olvidar ni ménos oprimir los buenos gobernantes.

Esto no le hizo cambiar de carácter, pues, — moderno Washington, — al dejar el supremo mando, se entregó de nuevo á sus tareas habituales, acompañado de la bendicion de sus conciudadanos.

Era un hombre perfecto: un caballero en toda la estension de la palabra, un patriota y un esposo modelo.

Sus hijos tenían en él un espejo en que mirarse.

Educados en su escuela no es dudoso el porvenir que les esperára.

Laura habia visto coronado su santo anhelo de unirse á un hombre digno de ella, y ambos ser útiles á la sociedad, á la Pátria y á la humanidad.

Temia que pudiera ser cierta la sentencia del pensador: *el matrimonio sin hijos es la tumba del amor*; pero su dicha fué completa, porque, como queda dicho, tuvieron sucesores.

La perseverancia en la práctica del bien no es estéril.

Verá pues, el lector, que todo lo que Clotilde fué de desgraciada, Laura lo fué de feliz.

Si abundasen las Lauras, la humanidad fuera otra, y no habrían tantas miserias y divisiones sociales.

Una Historia como muchas:



JUICIOS A SU RESPECTO.



UNA HISTORIA COMO MUCHAS

Juicios á su respecto

Con una dedicatoria que agradecemos hemos recibido un ejemplar de *Una Historia como muchas*, boceto de novela que se debe á la pluma de nuestro particular amigo Setembrino E. Pereda, escritor nacional, que no es la primera vez que aborda con éxito los dominios de la literatura.

Una Historia como muchas ha sido escrita como quien dice al correr de la pluma, sacada sin plan preconcebido dice modestamente su autor.

Sin embargo, no lo creemos así nosotros.

Su autor se ha ajustado á las reglas del arte, y la trama de su novela si bien es sencilla, en cambio no se reciente en nada del objetivo capital.

Esa novela es dedicada por su autor á sus padres.

IV

El señor don Setembrino E. Pereda, director de nuestro estimado colega sanducero EL PAYSANDÚ, nos ha obsequiado con un ejemplar de la interesante novela, fruto de su aventajada pluma; «Una historia como muchas».

La obra del señor Pereda es una novelita sencilla, breve, casi un opúsculo, con un agradable sabor literario y de un argumento impresionable y de mucho ajuste que revela al escritor pensador y de corazón.

Pereda, hace tiempo tiene bien sentada su reputación de buen escritor, alcanzada á costa de mucho estudio y perseverancia.

Nosotros le conocemos y somos los primeros en apreciar el mérito que en la forma y en el fondo caracteriza á sus escritos, que se señalan también como un estilista castizo y correcto.

Agradecemos al colega sanducero la distinción que le hemos merecido.

Ecós del Progreso.

Salto, Febrero 13 de 1891.

Paysandú, Febrero 15 de 1891.

Sr. Setembrino E. Pereda.

Presente.

Al agradecer de corazón el delicado obsequio de esa hija de su espíritu, «Una historia como muchas», envío á vd. una felicitación sincera por el elevado fin que en ella persigue.

Al pasar la última hoja de su libro no se siente ese cansancio, ese vacío que dejan en el alma las historias inverosímiles; la laxitud moral desaparece ante el antagonismo del bien y el mal caracterizados en los dos personajes de su libro; el triunfo de la virtud sobre todas las pasiones humanas, y el *bien moral* de relieve, son los puntos culminantes de la obra con que vd. me ha favorecido.

Le saluda atte—

Josefa B. de Debali.

Paraná, Febrero 16 de 1891.

Sr. D. Setembrino E. Pereda.

Mi apreciable amigo:

Recibí su obrita titulada «Una historia como muchas», y tanto yo como mis hermanas agradecemos el acuerdo.

Siempre leemos con gusto lo que sale de su bien cortada pluma, y tan acostumbrados estamos á su estilo, que es difícil, aunque usted oculte su nombre bajo un pseudónimo cualquiera, no le descubramos al leer una producción suya.

Yo nunca leo folletines; pero Servanda y Lola, que no dejan de pasar vista por ellos, me hicieron notar, leyendo «Una historia como muchas», publicada en EL PAYSANDÚ hace algún tiempo, que Juan Perales no podía ser otro que el autor de la *Lucila*, encubierto bajo

ese pseudónimo. Y tan luego como hube fijado la atención en algunos párrafos del referido folletín, convencíme de que así era, en efecto.

Esta circunstancia hizo que su interesante obra, dada á luz en esa forma, no pasase desapercibida para mí, por cuya causa la lei hasta su terminacion.

Ahora que sé con certeza quién es su verdadero autor, por haber desaparecido el incógnito, y despues de haber leído nuevamente su interesante trabajo, no puede ménos que felicitarle sinceramente, su alfmo—

Servando Gomez.

Domingo Aramburú saluda á su distinguido amigo el Sr. Setembrino E. Pereda y le agradece el envío de su novela *Una historia como muchas*, que leerá con el mismo placer que ha tenido en la lectura de otras obras de su reconocida intelijencia é ilustracion.

Montevideo, Febrero 16 de 1891.

Señor D. Setembrino E. Pereda.

Distinguido amigo:

He leído con interés su bella produccion literaria *Una historia como muchas*, encontrando en sus páginas, reunidos á los principios de sana moral, lo sentimental y lo poético.

Al darle las gracias por el ejemplar que me dedica, uno mi sincera felicitacion á las muchas

que habrá recibido.

S. S.

Sara M. Borjes.

Paysandú, Febrero 18 de 1891.

Los amantes á la buena literatura están de felicitaciones: una bella fantasía literaria, un pequeño opúsculo, titulado «Una historia como muchas», ha venido á aumentar el escasísimo número de obras de autores sanduceros, entre los cuales figura con rasgos luminosos el malogrado é inolvidable poeta y dramaturgo Eduardo G. Górdon.

Su autor, el ilustrado Sr. Pereda, no es la primera vez que con gran éxito aborda el dilatado y árduo campo de la literatura.— Ya hemos leído, no hace mucho tiempo, su ideal y fantástica LUCILA, con la cual puede decirse, el escritor novel aventuróse, por vez primera, lleno de ánimo, sin temer la censura ni la crítica.— Sus dos obras culminantes, LUCILA Y UNA HISTORIA COMO MUCHAS, nos revelan en sus páginas las elevadas y poco comunes dotes literarias de que se halla revestido su autor.

El estilo sencillo, elocuente y lleno de verdad y convicción profunda, constituye la base de sus obras; el sabor literario que sus escritos respiran, es de aquellos que no fatigan, sino que enardecen y estimulan.

La trama novelesca, hábilmente trazada,

VIII

que nos muestra el autor en su novelita, mantiene al lector ávido de conocer el desenlace y descubrir el misterio que de intento parece ocultarse en las páginas finales. La literatura sencilla, que no abusa de las galas de retórica ni de la fantasía, incita al lector á continuar, y éste no se siente fatigado al llegar al fin; al contrario, desearía proseguir bebiendo en fuente tan pura sus inspiraciones.

Y no es esto solo que constituye el valor de las obras del Sr. Pereda, es el noble y elevado fin que el escritor elocuente se propone, pues fustiga y censura las malas pasiones y errores á que éstas conducen.

Moralizar la sociedad, pregonando y encomiando las sanas doctrinas por medio del ejemplo y combatiendo los vicios y torcidas inclinaciones, hé aquí el propósito elevado que guía al ilustrado escritor sanducero.

Esto, por si solo, le merece una sincera alabanza, y hemos de estimularle á que siga recorriendo el camino trazado, pues sus joyas literarias son fundidas en el puro crisol de la imparcialidad, la moral y la verdad.

Ojalá muchos, como el Sr. Pereda, abordaran llenos de entereza los feraces campos de la literatura: entónces nuestra sociedad, que aun por desgracia adolece de muchos males, veríase transformada, porque á los carteros golpes de la sana moral se hundirían las pasiones in-

sensatas y las tendencias menguadas.

Reciba pues, el inteligente compatriota, mis más sinceras felicitaciones por el éxito alcanzado y ojalá que la semilla derramada en el seno de la sociedad no sea estéril y pueda el señor Pereda alcanzar el noble fin que se propone.

Violeta.

Paysandú, Febrero 20 de 1891.

Señor D Setembrino E. Pereda.

Mi distinguido amigo:

He leído con gusto y detención su libro «Una historia como muchas».

Como lo dice muy bien su título, en esas páginas se condensa la historia de muchos seres. Es un estudio social en el que vd. revela una observación y un criterio filosófico dignos de emulación y de aplauso.

Más que el deseo de lucir con alardes de novelista sentimental y poético, se conoce al momento el deseo de enseñar á practicar el bien que ha guiado su pluma, pues como el bisturí del cirujano penetra desnuda y hiere hasta lo hondo. Lástima que su modestia haya limitado la circulación de su libro á sus amigos solamente.

Son tan pocos los criollos que escriben!...

El campo de la literatura nacional está yermo: las pasiones políticas arrastran hasta aquellos espíritus mejor templados; hoy nadie

piensa, nadie estudia, se vive al vapor, devorando el tiempo como la Locomotora devora las distancias. Esto es un caos donde los hombres inteligentes y pensadores se confunden con los hombres vulgares.

Siento decirlo, pero es la verdad.

La política de esta tierra, mas horrible que los monstruos mitológicos, fascina, arrolla y destruye las energías de la generacion presente. Adónde iremos á parar! Sin embargo, hace algunos dias un rayo de luz vívida y dulce vino á romper las brumas del espíritu.

Un jóven poeta, unjido con el óleo de la inspiracion, nos hizo oír las valientes estrofas de su lira. Rafael Fraguero tuvo un auditorio escojido suspenso por algunas horas de su palabra.

Como el cóndor tiene álas para volár muy alto. Él tambien, en su hermoso poema, fustiga al vicio y ensalza la virtud.

Sus versos, ricos de inspiracion y melodía, impresionaron vivamente. Quién tuviera la dicha de imitarle! Pero volvamos á su libro. Quiere que le dé un consejo? Consejos de mujer! dirá vd , sí. Vd. sabe muy bien que los remedios, por muy buenos que sean, casi siempre son amargos, ó ágrrios, ó repugnantes, por las mezclas de que se componen; y como padre de familia sabe tambien que hay que endulzarlos, sobre todo para darlos á los niños, ó

suministrárselos en píldoras doradas ó plateadas; porque el público es un niño malcriado, que se niega á tomar los remedios, que necesita dorarle la píldora para que tome contento las sustancias que han de curar los males de que padece.

Así pues, amigo mío, cuando vd. escriba otros libros, que debe publicar, por que hacen falta libros buenos, trate de engalanar con más ternura sus pájinas, y no use á veces un lenguaje tan duro como el de algunos párrafos del que me ocupa; poco son, pero son.

Por otra parte, vd. con la severidad del Juez incorruptible que no doblaga su conciencia, abruma con su fallo al culpable: hace bien. Comprendo que ese es el ideal que vd. persigue al escribir. Lástima que sean tan pocos los verdaderos apóstoles.

Con el aprecio de siempre lo anima á seguir adelante su buena amiga —

Dorila Castell de Orozco.

Montevideo, 18 de Febrero de 1891.

Paysandú, Febrero 20 de 1891.

Sr. don Setembrino E. Pereda.

Presente.

Distinguido señor: Al recibir de Vd., con la correspondiente dedicatoria, su *Una Historia como muchas*, he visto á través del incienso producido por la deferencia de un hombre ilus-

trado á una modesta capacidad, la mano inteligente y activa que anima con su afectuoso impulso á explorar el bellissimo campo de las letras.

Con el más sincero agradecimiento, la estrecho; y tambien la obedezco íntimamente, aunque nunca haya de saber yo lo que ella: escribir un libro.

Saluda á vd. con toda consideracion y estima S. S. S.

Catalina Munar y Rubi.

Sr. D. Setembrino E. Pereda.

Señor:

Al recibir el libro titulado *Una Historia como muchas* con que vd. me favorece, he experimentado sumo placer, pues ya habia simpaticizado con él con solo saber el nombre del autor, y mucho más, despues de haber bebido en sus pájinas sanos ejemplos de virtud y de moral.

Así que ahora, siendo poseedora de ese fiel consejero, me hallo íntimamente satisfecha.

Lo único que siento es no tener en mi poder aquella fantasía que me dedicó en la niñez y que conservaba orgullosa.

Enviándole las gracias por su fineza me es grato saludarle.

Elvira San Julian.

Paysandú, Febrero 20 de 1891.

XIII

Hemos recibido un folleto, esmeradamente impreso, cuyo título es el siguiente: *Una Historia como muchas*, siendo su autor el conocido periodista uruguayo don Setembrino E. Pereda, redactor de nuestro colega EL PAYSANDÚ.

Es una novelita de mucho interés por su trama y por su estilo, que se hace leer con gusto de una sola vez.

Acusamos recibo y agradecemos el obsequio en lo que vale.

El Progreso.

San José de Flores, Febrero 20 de 1891.



Acusamos recibo del libro del Sr. D. Setembrino E. Pereda *Una Historia como muchas*.

Es una bella producción que revela una vez más las dotes elevadas que como escritor posee el Director de EL PAYSANDÚ.

Omitimos estendernos más, porque otras plumas más autorizadas que la nuestra han formado su juicio de la obra, y por cierto que de un modo justo, que mucho honra al señor Pereda.

Lo felicitamos por ello.

La Prensa.

Salto, Febrero 20 de 1891.



Sr. D. Setembrino E. Pereda.

Distinuido compatriota y amigo:

Agradezco vivamente el ejemplar que se ha servido enviarme de su nueva obra *Una Historia como muchas*.

Veo que ha sido muy bien recibida y que le ha valido á vd. aplausos y elogios de personas muy competentes en materia literaria.

Felicítote por ello.

Su affmo -

Ramon Lopez Lomba.

Sr. Setembrino E. Pereda.

Muchísimo le agradezco la bellissima fantasma literaria «Una Historia como muchas» que ha tenido la deferencia de enviarme.

La he leído con el mayor placer, como se leen siempre las obras morales que, como la suya, respiran verdad y sencillez.

Al agradecerle tan inestimable recuerdo me complazco en felicitarle por el triunfo alcanzado.

Sin mas lo saluda su affma. y S. S.

Angela A. Perez.

El Director de EL PAYSANDÚ ha tenido la amabilidad de enviarnos un ejemplar de su última produccion literaria: «Una Historia como muchas».

Setembrino E. Pereda es un escritor galano,

que goza de merecida reputacion en su patria, la República Oriental del Uruguay, por las numerosas producciones (todas ellas interesantes) que ha dado á luz en periódicos y folletos, usando con frecuencia el pseudónimo de *Juan Perales*, pues el jóven literato une al talento la modestia.

Su nuevo trabajo intelectual le ha valido no pocas felicitaciones, á las que nos complace nos en agregar la nuestra después de haber leído detenidamente aquél.

En «Una historia como muchas» se demuestra con habilidad, que el peor enemigo de un hombre es su propio carácter cuando éste está sometido á la perniciosa influencia de una mala educacion.

Agradecemos la galante dedicatoria con que el Sr. Pereda acompaña su libro.

Roman de Iturriaga y Lopez.

{«El Municipio»}.

La Plata, Febrero 27 de 1891.



UNA HISTORIA COMO MUCHAS

El señor don Setembrino E. Pereda, director de nuestro colega *EL PAYSANDÛ* que ve la luz en la ciudad de su nombre, ha tenido la detención de enviarnos un ejemplar de la obra que acaba de publicar con el título que nos sirve de epígrafe.

«Una historia como muchas» es una breve

novela en cuyos capítulos el Sr. Pereda desarrolla en sencillo pero elocuente estilo, varios dramas que parecen tomados de la vida real y que encierran una sábia lección para todos aquellos que, á impulsos de sentimientos generosos ó de nobles dictados del corazón, confían muchas veces en la amistad, en los servicios ó en la confianza de tantos y tantos seres ruines y malvados que pululan en la sociedad ocultando sus mezquinas pasiones tras la máscara de la hipocresía.

La sociedad moderna encierra en su seno múltiples ejemplares de tan detestable especie.

Arrancarles la máscara y mostrarles tales como son, repulsivos y cínicos, es una misión harto digna de aquellos que, como el Sr. Pereda, ponen su inteligencia y sus vastos conocimientos al servicio de esa misma sociedad.

Omitimos extendernos en otras consideraciones para encomiar el mérito de la obra de que nos ocupamos, pues el nombre de su distinguido autor, conocido ya con ventajas en el periodismo independiente, la recomienda por sí solo.

Agradecemos el obsequio del Sr. Pereda y exhortámosle á que, como hasta hoy, prosiga con empeño contrayendo sus esfuerzos á una

labor costosa, pero digna de las almas grandes.

El Deber Cívico.

Melo, Marzo 3 de 1891.

Sr. D. Setembrino E. Pereda.

Apreciable amigo:

Recibí y leí con sumo interés su última producción literaria «Una historia como muchas».

Si bien soy poco perito en el arte romántico, puedo, empero, decir sin ambages que no son muchas las obras hasta hoy conocidas tan ricas de sana moral y conceptos filosóficos como la suya.

Los protagonistas de su libro, Carlos y Alberto, demuestran lo que el inmortal Metastasio dijo: «El nacer grande es una casualidad y el hacerse grande es una virtud».

Por consiguiente, los que vivan en la opulencia por otros ó por ellos adquirida, debían ante todo mirarse en el argumento de su novela, y luego examinar si la virtud vale ó no mas que el oro.

Esta es mi concepto respecto de su bien coordinada obra.

Luis Mannise,

Paysandé, Marzo 12 de 1891.

